

CRISTIANDAD

Año XVIII - Núm. 363

BARCELONA

MAYO 1961

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depto. legal. B. 15.860-1958

DOCTRINA Y PASTORAL DEL CORAZON DE JESUS

Congreso Internacional del Tibidabo

Del 23 al 29 del próximo octubre, coincidiendo con la semana que precede inmediatamente a la fiesta de Cristo Rey, se celebrará en Barcelona un Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús. La idea ha sido explícitamente aprobada por la Santa Sede a propuesta del señor Arzobispo-Obispo de Barcelona.

La circunstancia que motiva la celebración de este Congreso es la colocación de la monumental estatua del Corazón de Jesús en lo más elevado del templo del Tibidabo.

Este hecho se realiza al cumplirse el 75 aniversario del memorable viaje que San Juan Bosco hizo a Barcelona. Como es sabido, la idea de erigir un templo en la cumbre del Tibidabo y los comienzos de su realización práctica están íntimamente ligados a este viaje.

Además, y precisamente ahora hace cincuenta años, el Congreso Eucarístico Internacional de 1911 aprobó por aclamación, en solemne sesión plenaria, a propuesta de la sesión V, la idea de proclamar como Templo Nacional Expiatorio de España, a manera de Montmartre español, el templo del Tibidabo.

Pero a estas circunstancias, importantes sí, pero extrínsecas, viene a añadirse otra que hace particularmente oportuna la celebración del Congreso: El culto al Sagrado Corazón pasa en estos momentos por un trance de renovación, de profunda revisión, como consecuencia de los cambios que ha experimentado la piedad, de las nuevas orientaciones en Pastoral y en Liturgia y, sobre todo, como consecuencia del trascendental paso que en la estructuración del culto al Sagrado Corazón supuso la maravillosa Encíclica de Su Santidad Pío XII «Haurietis aquas». Es necesario estudiar profundamente tan importante documento, analizar las circunstancias en que actualmente se encuentra el culto al Sagrado Corazón, para evitar toda paralización, toda desviación, todo desaliento en el camino señalado por el magisterio pontificio.

A este fin el Congreso comprenderá, independientemente de solemnes actos comunes, celebrados con todo el esplendor que sea posible, dos secciones dedicadas al estudio de los problemas que el culto al Sagrado Corazón de Jesús plantea.

La primera sección, estrictamente doctrinal, toma como problema central el del objeto del culto al Corazón de Jesús ... El tema fue objeto antes de consultas a especialistas del mundo entero. Se trata si no de llegar a una solución aceptada por todos, si al menos de formular de manera crítica, precisa y definitiva el problema del objeto del culto al Sagrado Corazón. A este fin se ha solicitado y obtenido la colaboración de los especialistas más notables de diversas naciones.

La segunda sección tendrá carácter pastoral... Por vez primera en España va a ser estudiada científicamente y de manera orgánica la «Pastoral del Sagrado Corazón». Siguiendo el plan de la Pastoral se estudiarán sistemáticamente los principios doctrinales, la historia, el culto, la proclamación de la doctrina, la situación sociológica, su cristalización en formas de piedad y movimientos, su espiritualidad, para terminar con la formulación de un proyecto de directorio pastoral...

PARA AMBAS SECCIONES ESTÁ ABIERTA LA COLABORACIÓN DE TODOS MEDIANTE EL ENVÍO DE ESTUDIOS Y COMUNICACIONES.

Se aspira a que los congresistas que acudan a Barcelona regresen no sólo con el recuerdo de unas grandiosas solemnidades celebradas en honor del Sagrado Corazón de Jesús, sino también, y principalmente, con un bagaje muy acrecentado de ideas sobre el culto al Sagrado Corazón y de iniciativas prácticas para difundirlo y hacer que sea vivido intensamente por la sociedad contemporánea.

(De la introducción al temario del Congreso)

«NUESTRA PARTICIPACION EN LA FIESTA DEL TRABAJO»

ALOCUCION DEL PAPA A LOS TRABAJADORES

(1 mayo 1961)

Queridos hijos: Cada semana, y a veces con mayor frecuencia, es fiesta para el corazón del Padre, que se abre a las confidencias de los hijos reunidos aquí de todos los puntos de la tierra en la gran basílica y salas vaticanas.

La presencia, tan serena y al mismo tiempo entusiasta de tantos fieles, entre los que sobresalen por su vivacidad los jóvenes y niños, da la seguridad de que el espíritu de fe, de piedad cristiana, de activa fraternidad es siempre vivo, animoso y edificante.

El desarrollo de las vías y medios de comunicación hace más fácil reunirse en Roma con frecuencia y prontitud a inmensas muchedumbres.

¿Cómo queréis que el Papa no se alegre con la visión que contempla ante sus ojos y que se renueva como para demostrar que la Iglesia católica tiene innumerables falanges de hijos conscientes de su vocación y dispuestos a distinguirse en toda circunstancia?

Sin duda sabemos comprender los motivos que traen a Roma a cada grupo y compartimos vuestra alegría, queridos hijos, vuestras angustias y legítimas aspiraciones.

Y Nos, ¿qué estamos dispuestos a daros? Y ¿qué hemos dado a aquellos que os han precedido sino volver a casa laudantes et benedictentes Dominum?

He aquí una palabra sencilla, una exhortación paternal, una bendición grande y cordial.

Triple fiesta

Hoy es una triple fiesta: comienzo del mes de mayo, que quiere hacer más fervorosa y afectuosa nuestra devoción a la Madre celestial, la festividad de su Esposo, Patrono de la Iglesia universal, invocado con el título de la labor que desarrolló en los años de su vida terrena, San José Artesano, y, por tanto, fiesta de los trabajadores.

La Iglesia, que ha elegido y escogido del seno de todas las clases sociales los cooperadores de su ministerio de apostolado y santificación de las almas, ha sido desde los comienzos de su glorioso camino la madre de los humildes, la protectora de los desvalidos, la defensora del progreso moral y económico del hombre. Ella nunca llegó tarde sino en tiempo oportuno, modelando la práctica de las virtudes teologales y cardinales que únicamente practicándolas conjuntamente dirigen los acontecimientos para preparar el verdadero progreso y la verdadera civilización.

Fiesta del Trabajo

En su sencillez, estas palabras encierran el sentimiento vivísimo de nuestra participación en la "fiesta del trabajo", que precede este año a la reunión internacional de los trabajadores cristianos, aquí en San Pedro, el 14 de mayo.

Los brazos están abiertos, los corazones conmovidos y los labios, obedientes al mandato del Divino Salvador: "Id..., enseñad", se disponen y continúan abriéndose a la evangelización del mensaje social cristiano, que está al alcance de toda conciencia recta, de buena voluntad.

Sus principios fundamentales están en las tablas de la ley, en la doctrina y ejemplos de Jesús. Y su admirable desarrollo, en dos milenios de historia, en las precisiones doctrinales exigidas por los tiempos, evoca los augustos nombres de Romanos Pontífices e innumerables doctores y apóstoles que enseñaron al hombre el recto camino y la alegría imperecedera de sentirse y llamarse hijos de Dios.

En realidad, al mensaje social cristiano podemos aplicar el elogio del Libro de la Sabiduría con que comenzaba la misa de hoy:

Él "guía (al hombre) por un camino admirable y es protección de día y luz de estrellas de noche" (c. 10,17).

SUMARIO

Editorial — Doctrina y Pastoral del Corazón de Jesús.

Documentación Pontificia — Alocución del Papa en la Fiesta del Trabajo.

Carta Apostólica «Celebrandi Concilii Aecumenici».

Conferencia de prensa de Mons. Felici, Secretario General de la Comisión Central del Concilio.

En torno al diálogo católico-protestante. — **Modernismo y fe Cristiana**, por Francisco Canal Vidal.

La Oración de Consagración, por Carlos Rahner, S. J.

Y el Verbo se hizo carne, (Glosa a la «Haurietis Aquas») por Roberto Cayuela, S. J.

El reto económico de la URSS a los Estados Unidos, por Jesús Sainz Mazpule.

La Iglesia y el alzamiento nacional, por Francisco Segura, S. I.

¡Alerta a los demócratas cristianos!, por Luis Ortiz y Estrada.

Arte cristiano catacumbal, por E. Velasco, S. J.

El genio y sus secretos, por Francisco Salvá Miquel.

CARTA APOSTOLICA "CELEBRANDI CONCILII ÆCUMENICI"

Desde que nos propusimos celebrar el Concilio Ecu­ménico elevamos cada día súplicas a Dios para que de­rramase la abundancia de sus misericordias sobre la Igle­sia y sus Pastores. En efecto, el Concilio es una obra gran­diosa para la cual no son suficientes las fuerzas huma­nas, obtiene su eficacia de nuestro Redentor, el cual di­rigiéndose amablemente a los Apóstoles les prometió que había pedido al Padre les enviase otro Paráclito, el Es­píritu de verdad: "Él os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho" (Io. 14, 26).

Por este motivo os hemos exhortado con frecuencia a vosotros, venerables hermanos, y a todos los fieles, par­ticu­larmente a los candidatos al sacerdocio, a los niños, a los enfermos, para que, con fervientes súplicas y sa­crificios ofrecidos al Señor, alcanzásemos el auxilio y la gracia del Dios Omnipotente.

Con ánimo alegre hemos comprobado las muestras de la ayuda divina y de vuestro celo. Lo que anunciamos con dulce esperanza en el Cenobio de la Basílica Ostiense se está cumpliendo de modo tan elevado y digno que despierta la admiración y el aplauso concorde de los Cardenales y del Episcopado, y llena de santa alegría a la piadosa grey de los fieles de todo el mundo.

Pues lo que parecía una insignificante semilla se ha convertido en un árbol frondoso de flores y frutos, rico en promesas para honra de la Iglesia.

Cantemos eternamente las misericordias del Señor y démosle humildemente gracias porque con su generosa ayuda ha favorecido tan gran empresa.

Puesto que se intensifican los trabajos preparatorios del Concilio y se hace más urgente la necesidad de reno­var las oraciones, deseamos, venerables hermanos, que la próxima fiesta de Pentecostés vaya precedida — como es costumbre — de una solemne novena de súplicas y se celebre en toda la Iglesia, en unión con Nos, con fer­vientes plegarias al Espíritu Santo para que asista de modo especial a aquellos que prestan su activa coopera­ción en la preparación del Concilio. Que el Divino Pa­ráclito, fuente viva, fuego y caridad, ilumine sus mentes y les colme de la gracia de lo alto.

Invóquese la poderosa intercesión de la Virgen María, Madre de Dios, que es Madre de la gracia y celestial Patrona del Concilio; invóquese el patrocinio de San José, su castísimo esposo, a cuya protección confiamos ha poco el Concilio.

Queriendo añadir solemnidad a esta súplica solemne, Nos mismo, en la próxima fiesta de Pentecostés y en la Basílica de San Pedro, que será la sede del Concilio, consagraremos algunos Obispos destinados a predicar el Evangelio en países lejanos.

Deseamos, además, se incrementen y multipliquen las iniciativas que se estimen oportunas para explicar a los fieles la importancia y fines del próximo Concilio Ecu­ménico.

Esperamos vivamente, venerables hermanos, que Dios Omnipotente y los celestiales Patronos escuchen nuestras

súplicas y la Iglesia, brillando en todo su esplendor, ofrezca a todo el mundo un admirable espectáculo de unidad, verdad y caridad que atraiga a todos aquellos que toda­vía están fuera de su seno maternal.

Apoyados en esta confianza impartimos de todo co­razón a vosotros, venerables hermanos, y a la grey con­fiada a cada uno, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de abril de 1961, tercer año de nuestro Pontificado.

IOANNES XXIII, PP.

PENTECOSTES 1935

Ven, oh Santo Espíritu, y por medio de tu Santa Iglesia continúa fecundando la vida de las almas y los pueblos. Ven y renueva la faz de la tierra. Que me sea concedido invocarte especialmente en la luz, en la gracia, en la alegría de este Oriente lleno de fascinación y de misterio, al que pertenecen los re­presentantes de aquellos pueblos que oyeron los pri­meros el profético mensaje del Príncipe de los Após­toles. Su recuerdo resonando en la actual liturgia aún hace trepidar conmovidos a nuestros cora­zones. Partos, Medas, Elamitas, habitantes de Meso­potamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, del Asia, de la Frigia, de la Panfilia — ¿no son estas regiones las que pertenecen al territorio de la Turquía actual? hombres de Egipto y de Libia, nacidos junto a Cire­ne, peregrinos de Roma, judíos de la diáspora, gente de Creta y de Arabia, todos conmovidos por el mismo esplendor de la primera manifestación del Espíritu Santo, todos llamados a contemplar el mi­lagro de la glosología: *audivimus eos loquentes nos­tris linguis magnalia Dei*.

—Aún me place repetirlo. Si por fuera no apa­recen las lenguas de fuego, dentro, sin embargo, ar­den como llamas los corazones: *intus facta sunt corda flammantia*. La caridad del Señor suavemente nos consume. Vosotros lo veis como yo, oh mis hermanos e hijos. Todo en torno nuestro es movimiento febril de transformación. Nuestros ojos asisten a una pa­lingenesia social de las más notables en la historia de los pueblos. ¿Quién conoce el misterio del Señor? A nosotros toca secundar con respeto con fidelidad de corazón sus caminos admirables.

—Oh Señor, ahora y siempre te suplicamos: man­da tu Espíritu y renueva la faz de la tierra. *Emitte Spiritum tuum et renovabis faciem terrae*. Aleluya.

De la Homilía pronunciada por Mons. Roncalli, Legado Apostólico, en la Catedral del Espíritu Santo de Instambul.

Conferencia de Prensa de Monseñor Felici

Secretario General de la Comisión Central del Concilio

La fecha del Concilio

El prelado comenzó subrayando una feliz coincidencia. Pocas horas antes se había publicado la Carta Apostólica con la que el Padre Santo invita a todos los fieles del mundo a orar, especialmente con motivo de la próxima fiesta de Pentecostés, por el Concilio Ecueménico. A dicha Carta había que darle una significación particular, a saber, la urgencia que se tiene de la ayuda divina para que el gran acontecimiento ya no parezca tan lejano.

A este propósito monseñor Felici observó que, si el trabajo prosigue con el empeño y ritmo actuales, es viva la esperanza de que el Concilio pueda celebrarse en el otoño de 1962, según el deseo manifestado muchas veces por el Padre Santo, el cual sigue con interés especialísimo los trabajos dando las directrices fundamentales.

El prelado recordó también a los presentes lo que se ha hecho hasta hoy y lo que se está haciendo ahora.

Las once Comisiones y los tres Secretariados — dijo — están en plena actividad de estudio. Cada organismo está trabajando en el ámbito de la propia competencia. Cuando se presentan cuestiones comunes, se crean intercomisiones, con objeto de que un mismo problema no sea examinado varias veces. Y observó que todo marcha bien, con abnegación, diligencia y fervor maravillosos.

El Augusto Pontífice ha querido repetidas veces presidir las sesiones de estudio. Lo ha hecho y lo seguirá haciendo no sólo para honrar los trabajos preparatorios, sino también para dar las gracias y estimular a los excelentísimos obispos, prelados y religiosos que se dedican con gran entusiasmo y competencia a este esfuerzo nada común. También en presencia del Vicario de Cristo los diversos miembros y consultores de cada una de las Comisiones que, por su origen, representan a toda la Iglesia, han manifestado con libertad plena su opinión sobre los temas discutidos. Y es precisamente lo que deseaba Su Santidad, oír la palabra de los obispos y personalidades más calificadas del mundo eclesiástico y religioso sobre los intereses supremos de la Iglesia.

Refiriéndose a las tareas de la Comisión Central, presidida por el Sumo Pontífice, monseñor Felici recordó que ésta tiene la misión de examinar y seleccionar los temas estudiados por las diferentes Comisiones. Como es sabido, la Secretaría de la Comisión Central ha ultimado recientemente la cuidadosa redacción de quince tomos que documentan la fase antepreparatoria. Estos estaban al alcance de la mano del orador. Y los periodistas pudieron comprobar la forma y bella impresión tipográfica, pero por ahora no son todavía del dominio público. La misma Secretaría está redactando un índice de nombres con datos estadísticos muy útiles.

Además, la Comisión Central se ocupa activamente de las diferentes cuestiones que se refieren a la celebración del Concilio.

Refiriéndose a los temas que serán objeto de examen por parte de los padres del Concilio, monseñor Felici

notó que no se pueden hacer afirmaciones serias y positivas toda vez que dependen del trabajo de varias Comisiones y de las decisiones del Padre Santo. Pero, evidentemente, se tratarán los puntos de mayor interés que tengan necesidad de especial explicación y de cierta puesta al día. Sin duda — dijo el prelado por vía de ejemplo — no se hablará del celibato eclesiástico, habiendo expuesto el Sumo Pontífice su soberana palabra a este propósito, sobre todo con motivo de la celebración del Sínodo Romano.

La Oficina de Prensa

Sobre el funcionamiento de la Oficina de Prensa, el secretario general dijo que se organizará según las necesidades. Hoy éstas están limitadas y, por consiguiente, será limitada la actividad de la Oficina destinada a ayudar a los periodistas. Es necesario — añadió — que los periodistas y el público tengan paciencia y, si es de desear en gran manera que todos los fieles, como a menudo ha advertido el Padre Santo, presten mucha atención al gran acontecimiento, no hay que olvidar que el Concilio es un acto solemne de muy alto poder de magisterio y de gobierno de los Sucesores de los Apóstoles con la Cabeza, el Sucesor de Pedro. Por eso, a todos ellos deben mirar con silencio reverente, rogando al Espíritu Divino que se digne iluminarlos y animarlos por el interés supremo de la Iglesia. Un estricto secreto profesional obliga a todos los componentes de las Comisiones de estudio y este secreto debe ser guardado por todos según la advertencia hecha repetidas veces por el Sumo Pontífice.

Al concluir su exposición numerosos grupos de periodistas hicieron preguntas a monseñor Felici que tuvo así la posibilidad de aclarar algunos puntos muy interesantes sobre la participación de los seglares en el Concilio, el uso del latín y la invitación a observadores.

Participación en el Concilio

Habiendo afirmado que la participación activa en el Concilio es exclusiva de la Iglesia docente, monseñor Felici dijo que esto no impide, antes bien, es deseable que los seglares, comenzando por esta fase preparatoria, confíen a los obispos sus observaciones y deseos. De manera que puedan tener una real participación, aunque no oficial.

Acerca del uso de la lengua por los padres conciliares, monseñor Felici afirmó que, sin duda, será el latín. Sin excluir la posibilidad de que algún padre pueda expresarse en su idioma, añadió que está persuadido de que todos tendrán la "santa ambición" de hablar en la lengua latina.

Por último, monseñor Felici no excluyó que sean invitados al Concilio, en calidad de observadores, personalidades no católicas. La cuestión se estudia, de todos modos, cuidadosamente.

(*L'Osservatore Romano*, 20 abril 1961.)

MODERNISMO Y FE CRISTIANA

«Unión» de las iglesias y «unidad» de la Iglesia

La unión de las iglesias es uno de los contados temas religiosos que gozan del privilegio de una actualidad publicitaria y novedosa. Como todos los que ofrecen este carácter —ya sean culturales o políticos, económicos, técnicos o artísticos—, se presenta con la sugerencia característicamente moderna: también en este orden —incluso en este ¡por fin!— una actitud audaz y renovadora, liberada de dogmatismos y prejuicios, dinámica e imaginativa, abierta y creadora, va a desplazar los obstáculos tradicionales, las seculares incompreensiones heredadas de los siglos de las guerras de religión y de las querellas escolásticas. La tolerancia que es fruto de una madurez cultural y de un espíritu crítico a la altura de los tiempos posibilitan ahora un diálogo en que no hubiera podido soñarse en el pasado.

Entre las esperanzas y las desilusiones, las aberturas y las reservas despertadas por el anuncio del Concilio Ecuménico se presenta como un hecho que es imposible ocultar el que el movimiento Ecuménico haya llevado desde hace algunos años a la casi totalidad de las “iglesias cristianas”, a excepción de la Iglesia Católica Romana, a modos de unión vagamente federativos pero estructurados en organismos permanentes como el Consejo Mundial de Iglesias. El contraste entre el anuncio por la Iglesia Romana del concilio ecuménico y su ausencia en aquellas instituciones ecumenistas es algo que “todavía”, frente a la corriente de los tiempos, parece mantenerse en la línea de intransigencia dogmática tradicional en al Iglesia Católica.

Quien quiera ser verdaderamente realista y objetivo se verá obligado a reconocer que esta “apariencia” no hace sino mostrar la realidad en su dimensión más profunda. La constatación de esta evidencia lleva a muchos a concluir que el deseable diálogo entre cristianos pertenecientes a las diferentes “iglesias” queda así radicalmente imposibilitado o al menos inutilizado en cuanto a sus resultados por la intolerancia romana.

Tal reacción no tiene sentido sin embargo más que si se postula como principio orientador en la tarea de la unión de las iglesias, el ideal modernista y “liberal” de un cristianismo no dogmático. Frente a esto es necesario advertir que el diálogo y colaboración católico-protestante que se inspirase en tales actitudes está preciamente condenado al fracaso, y no sólo por razones dogmáticas, es decir, por el carácter profundamente anticristiano de aquellas inspiraciones, sino también por ignorar el hecho de la vigorosa resistencia que frente al modernismo y al liberalismo religioso se ha dado en aquellos de nuestros hermanos separados que más fervorosa y fielmente se esfuerzan en afirmar su fe cristiana en

medio de la confusa y compleja situación del mundo religioso en que viven.

Creemos decisivamente orientadoras en este punto las ideas expresadas por algunos pensadores calvinistas norteamericanos; será oportuno que se oiga su voz entre nosotros los católicos españoles, tantas veces sometidos a campañas unilaterales e insidiosas en las que se nos pretende invitar al conocimiento de lo que ocurre “por ahí fuera”, mientras se nos deja en realidad a medio camino, pues no se nos advierte a la vez que de los “progresos” de las corrientes modernistas en teología y en exégesis bíblica, del retroceso y ruina de la fe cristiana que han sido en todas partes sus consecuencias.

Ha escrito L. Berkhof (1):

“Probablemente algunos mostrarán inclinación a preguntarse si se da realmente confusión en el mundo religioso de hoy. Parece que esta pregunta sólo puede ser formulada en serio por quien sea extranjero en el mundo en que vive. La historia de las profesiones de la iglesia tal como se han manifestado en el protestantismo con sus innumerables sectas ofrece un chocante paralelo con la historia del linaje humano posterior a la confusión de las lenguas.”

“Por extraño que pueda parecer —añade el teólogo calvinista— la agitación ampliamente difundida en pro de la unión de la Iglesia, que es tan característica del presente siglo, es también muestra de esta confusión. Los defensores de la unión de la Iglesia, cuando hablan, como hacen frecuentemente como si los movimientos de unión pudiesen realizar la unidad de la Iglesia, pierden de vista el hecho de que no puede darse realmente unión sino existe la unidad... es grande su error cuando parten del supuesto de que elementos tan heterogéneos como los cristianos fieles al Evangelio y los modernistas puedan ser alguna vez unos en sentido espiritual, que la confesión de la divinidad de Cristo, su reconocimiento como cabeza espiritual y autoritaria de la Iglesia, y la negación de tales verdades, puedan marchar de lado...”

“Algunos entre los más ardientes protagonistas del movimiento por la unión de las iglesias se inclinan a buscar ésta a expensas de la verdad. Primero se intentó descubrir un mínimo en el que todos pudiesen convenir, pero al fracasar en esto se ha venido a decir: Olvidemos la doctrina y uná-

(1) L. Berkhof, President-Emeritus, Calvin Theological Seminary. ASPECTS OF LIBERALISM, WM. B. Eerdmans Publishing Company, Michigan, 1951, págs. 64-66.

monos por el trabajo en común. Esto es absolutamente contrario a la plegaria de Jesús... y está en entera desarmonía con el ideal descrito por San Pablo: Hasta que alcancemos todos la unidad de la fe y de la sabiduría del Hijo de Dios, la estatura de hombres adultos en la medida de la plenitud de Cristo. ¿Y qué diremos de los que proponen una unión tan amplia que incluso los budistas y los mahometanos no deban ser excluidos de ella? Es esto confusión sobre confusión."

Hace ya algunos años que J. Gresham Machen (2) había señalado por modo magistral y profundo el malentendido en que se apoya el programa modernista por la unión de las iglesias:

"La más grande amenaza para la iglesia cristiana de hoy no viene de los enemigos exteriores, sino de los que tiene dentro de sí; consiste en la presencia dentro de la iglesia de un tipo de fe y de práctica que es anticristiana desde su raíz.

"No estamos aquí tratando delicadas cuestiones personales no presumimos juzgar si tal o tal individuo es cristiano o no lo es. Sólo Dios puede decidir tales cuestiones; nadie puede decir con seguridad si la actitud de ciertos individuos «liberales» hacia Cristo es fe salvadora o no. Pero una cosa es perfectamente clara: Ya sean o no los liberales cristianos, es en todo caso perfectamente claro que el liberalismo no es cristianismo. Y siendo este el caso es altamente indeseable que el liberalismo y el cristianismo puedan continuar siendo propagados en los límites de una misma organización. Una separación entre las dos partes de la Iglesia es la urgente necesidad de nuestra hora.

"¿Por qué dicen no pueden los hermanos marchar juntos en unidad? En la Iglesia hay morada para los «liberales» y para los «conservadores». A éstos pueden se les puede permitir que permanezcan si quieren guardar las cuestiones divisorias y atender principalmente a «las más altas materias de la Ley». Y entre las cosas así designadas como irrisorias se halla la cruz de Cristo, como un sacrificio para redención del pecado.

"Un tal obscurecimiento atestigua una sorprendente estrechez de mente por parte del predicador liberal. Es un hombre estrecho el que rechaza las convicciones de otro hombre sin esforzarse primeramente para entenderlas, el que no se esfuerza para ver las cosas desde el punto de vista del otro. Por ejemplo no es estrechez de mente el rechazar la doctrina Católica Romana de que no hay salvación fuera de la Iglesia, pero sería de mucha estrechez decir a un católico romano: Puede usted ir adelante en su doctrina sobre la Iglesia, yo mantendré la mía, pero unámonos en nuestro trabajo cristiano, ya que a pesar de estas diferencias sin importancia estamos de acuerdo so-

bre materias que se refieren a la salvación del alma... un protestante que hablase de esta manera sería estrecho porque con independencia de la cuestión de si el Católico Romano piensa o no correctamente sobre la Iglesia, mostraría claramente que no ha hecho el más ligero esfuerzo para comprender al católico romano.

"Lo mismo ocurre con el programa liberal para la unidad en la Iglesia. No podría ser defendido por nadie que hubiese hecho el más ligero esfuerzo para comprender el punto de vista de su oponente en la controversia. El predicador liberal dice al partido «conservador» (es decir, a los cristianos tradicionales, acusados con aquel epíteto por los modernistas): «Unámonos en una misma congregación, ya que las diferencias doctrinales son desde luego bagatelas. Pero es precisamente la esencia del «conservatismo» en la Iglesia el considerar las diferencias doctrinales no como bagatelas sino como cuestiones de suprema trascendencia. No puede un cristiano ser «evangélico» o «conservador», o como se llamaría él a sí mismo simplemente «cristiano» y mirar la cruz de Cristo como una bagatela. Suponer que pueda hacerlo así es el colmo de la estrechez de mente."

Para Machen, pues, el cristianismo está hoy día en lucha contra un tipo totalmente opuesto de "mentalidad religiosa": el liberalismo o modernismo, que es tanto más destructor del cristianismo cuanto que usa una terminología cristiana y deforma los conceptos fundamentales de la fe en Cristo Redentor. Su raíz profunda es el naturalismo excluyente de todo orden sobrenatural. De aquí que para Machen la persistencia en mantenerse los predicadores del liberalismo en el seno de las estructuras de las «Iglesias» evangélicas, sirviéndose de ellas para la propagación de algo radicalmente opuesto a la fe cristiana es algo escandaloso y desleal, un verdadero abuso dirigido a dominar los núcleos cristianos para apartarles de su fe por los medios que la piedad de los creyentes les conceden.

Es de sumo interés para toda consideración seria y realista del diálogo católico-protestante y de las tareas en pro de la búsqueda de la verdadera unidad cristiana no olvidar estos hechos, que llevaron a Machen, intransigente calvinista a escribir:

"Muy seria es la división entre la Iglesia de Roma y el protestantismo en todas sus formas. Sin embargo ¡cuán grande es la herencia común que une a la Iglesia Católica Romana, en su mantenimiento de la autoridad de la Sagrada Escritura y en su aceptación de los grandes Credos primitivos a los protestantes piadosos de hoy! No debemos obscurecer la diferencia que nos separa de Roma. Pero aún siendo tan profunda, parece casi irrisoria comparada con el abismo que hay entre nosotros y muchos ministros de nuestra propia Iglesia. La Iglesia de Roma puede representar una perversión de la religión cristiana; pero el liberalismo naturalista no es de ningún modo cristianismo."

FRANCISCO CANAL VIDAL
(Continuará)

(2) J. Gresham Machen, Profesor of New Testament in Westminster Theological Seminary, Philadelphia. CHRISTIANITY AND LIBERALISM, WM. B. Eermands Publishing Company, 1956, Michigan, págs. 159, 161; 52.

LA ORACION DE CONSAGRACION

El P. Karl Rahner, S. J., profesor de Teología Dogmática en la Universidad de Innsbruck, es considerado como uno de los dos o tres nombres más representativos de la ciencia teológica alemana hoy. Sus obras más decisivas "Geist in Welt" (estudio filosófico), "Hörer des Wortes" (Filosofía de la Religión) y "Schriften zur Theologie" (cuatro volúmenes de teología) están a punto de aparecer en nuestra lengua. La decisiva influencia de Rahner sobre sus lectores y discípulos queda justificada por estos dos hechos: Rahner "teologiza" desde el corazón del tiempo que es el suyo — y que tiene sus necesidades especiales —, pero nunca para hacerse actual en ese tiempo, sino para hacer presente en él la Palabra Eterna que Dios regaló a todo tiempo.

La participación del P. Rahner en el Congreso Internacional sobre el culto al Corazón de Jesús que en octubre próximo ha de celebrarse en Barcelona, da nueva actualidad a su obra *ANGUSTIA Y SALVACIÓN* (Ed. Sapientia, S. A., Madrid, 1953). Con este motivo, publicamos uno de los capítulos de dicha obra.

I

El pleno ejercicio de la libertad

En la vida privada y pública del cristiano de hoy existe una forma de oración que, a lo que se nos alcanza, en su actual forma explícita, es de data reciente, y, con todo, se ha hecho tan frecuente, que vale bien la pena de hacer sobre ella alguna reflexión. Nos referimos a las *consagraciones*. Todos han oído, al menos en la iglesia, en la fiesta del Corazón de Jesús o de Cristo Rey, la consagración del mundo al Corazón del Salvador. Esta y otras parecidas formas se han hecho frecuentes.

¿Qué ocurre propiamente en tal consagración?

Por de pronto, sabemos bien que una consagración no es un propósito ni un voto. En el propósito nos proponemos algo. Lo que nos proponemos puede estar mandado o sólo aconsejado por Dios. Pero allí es a nosotros a quienes ante todo miramos, para poner en orden nuestras cosas; se trata de nosotros mismos, mientras que en las consagraciones a que aludimos, precisamente apartamos la mirada de nosotros para dirigirla a la persona a la que nos consagramos; el movimiento de nuestro corazón va de nosotros hacia otro.

En el voto prometemos a Dios alguna acción, tomamos sobre nosotros una nueva obligación rigurosa. Esta acción o cosa prometida a la que nos obligamos es, ciertamente, algo valioso y significativo, y, en último término, se encamina a disponer al hombre para el amor santo de Dios, y así estará incluida en el voto, como último objetivo pretendido, una consagración del hombre a Dios. Pero su contenido inmediato es, propiamente, sólo la obligación libremente asumida de hacer algo concreto y definido.

La consagración, en cambio, va directamente de corazón a corazón; *no es la adopción de un medio para el amor, de una obra en la que, como en el propósito y en el voto, el amor deberá crecer y consolidarse, sino la libre corriente del amor mismo de persona a persona, de corazón a corazón.*

Pero si ello es así, vuelve de nuevo la pregunta del principio: ¿hay algo especialmente nuevo en la consagración? ¿No vive ya habitualmente el cristiano este amor, y no está ya bajo el precepto de este amor, que reclama siempre, no sólo la acción, la obra, sino al hombre mismo, su íntimo corazón enteramente para Dios? ¿Podemos nosotros (aún prescindiendo de que no siempre se dirige la consagración inmediatamente a Dios mismo) hacer más en esta consagración que decir sencillamente a Dios, decirle una y otra vez y siempre lo

que ya debemos hacer con o sin consagración, es decir, que le amamos? ¿Es la consagración algo más que un eco hecho palabra de aquel movimiento sin ruido del Espíritu Santo *que suave e irresistible nos lleva y nos mete en Dios*? Y cuando decimos: una consagración no significa una nueva obligación, ¿no lo decimos en fuerza de que toda obligación antigua y nueva posible está siempre contenida y dominada por el *deber que es más que deber, por el amor que nos exige* todo, y que sólo está cumplido cuando no se pone más medida que la entrega total, la entrega del corazón que no cumple deberes, sino que ama?

Procedamos con cautela en nuestra marcha.

Decíamos que la consagración viene tan sólo a repetir lo que es ya siempre nuestro deber y como la conatural aspiración de nuestro corazón: "Dios mío, te amo".

¿Y nada especial acaece al decir nosotros esta palabra? Naturalmente, hemos de entender ante todo rectamente el sentido de esta pregunta. Queremos decir la palabra que pronuncia el corazón, no sólo la boca; la palabra que se dice en serio y desde dentro, madura y reflexiva; no una palabra del "cada día" (hay también un "cada día" religioso), sino la palabra que *nos pronuncia* a nosotros mismos, nos lleva dentro, somos nosotros mismos en ella dichos y ofrecidos.

Pues bien: puede muy bien ser que aún bajo la falsa apariencia de seguir todo lo mismo, en realidad, al poder mágico de esa palabra, todo se torne nuevo. Para comprender esto, habremos de ahondar un poco más nuestra reflexión.

* * *

La vida espiritual del hombre, en camino hacia su fin definitivo, que es la plenitud de su ser libre en la posesión de Dios, no hay que considerarla simplemente como una cadena externa de actos puestos en serie uno tras otro en el tiempo, de los que el segundo debe extinguir el primero, desalojarle de la realidad para existir él mismo y dejar luego a su vez libre el campo de la existencia al tercero. Más exacto y verdadero es decir que en el momento actual humano está siempre también presente, de modo misterioso, el *pasado* del hombre.

El hombre, como persona espiritual, actúa (puede al menos actuar) en cada momento desde la total suma de su pasado. Su pasado es "superado", es decir, con-

servado y salvado como en un extracto, que se hace presente en la actual fisonomía espiritual perfilada rasgo a rasgo por su libertad, en la experiencia vital del hombre, o en otras expresiones totales de su sedimentación espiritual.

Su saber laboriosamente alcanzado; las profundidades de sus experiencias vitales, las emociones de su ser, el goce y el dolor de su existencia entera ya vivida. Todo ello, acaso bajo signos enteramente nuevos, y aún contrarios, revive y se actúa y presta a este momentáneo acto su adecuada dirección, su sentido profundo y su más íntima resonancia.

El pasado es realmente salvado y superado en el presente. O digamos mejor aún, puede serlo, debe serlo.

El hombre debe, en la libre decisión de cada momento, volver a tomar su pasado para incardinarlo en ese momento presente. Todo lo que fue, lo es ahora del modo dicho, y con el total peso de este *yo* puede y debe llenar el nuevo momento. No se ha de contentar con asumir una tras otra las posibilidades de su existencia ofrecidas en el tiempo, afrontarlas con desnudo una a una, y convertidas así "en lo eterno del hombre". Debe además, tomar en peso cada momento desde al plenitud revivida de su pasado espiritual, que constituye en él, como persona espiritual, la más rica y auténtica posibilidad de su presente.

Pero hay todavía más. En la privilegiada realidad de este acto que actualmente se realiza en la decisión del espíritu, puede el hombre, en manera aún más misteriosa pero verdadera, anticipar su *futuro*.

No sólo o exclusivamente el futuro en aquello que llamamos propósito, resolución o plan, pre-deliberación y sus varias formas, como promesa, voto, etc. En eso mira el hombre efectivamente también al futuro de su vida. Pero el propósito y semejantes actos espirituales son, ante todo, cosas del presente, que por importantes que sean para el futuro del hombre, sólo tendrán su significación en ese futuro, cuando sean después realizadas, no ahora; y esta realización no depende de la actual decisión, sino de la futura.

Cuando decimos que en el acto ahora realizado podemos de modo misterioso anticipar el futuro, no entendemos meramente la actual ejecución de acciones que, una vez puestas, no podemos ya cambiar, y que son, por tanto, de insoslayable trascendencia para nuestras futuras decisiones, de cualquier signo que éstas sean. Tales hechos existen, unos de más alcance que otros. Si alguien se ha casado con determinada persona; si ha recibido la consagración sacerdotal; o bien, si ha vivido ya de una determinada manera un lapso de tiempo, y ha gastado ocasiones y oportunidades irrepetibles; con ello ha puesto acciones en su vida que tienen una significación indeclinable para todo acto y decisión futura. En estos casos toda conducta futura ha de relacionarse necesariamente con aquellos hechos. El hombre no podrá ya obrar como si no hubieran tenido lugar tales actos.

Pero, y esto es no menos importante, el hombre puede relacionarse en el futuro con estos hechos de una manera completamente diversa; darles después signos enteramente contrarios. Puede, en efecto, después ser fiel a la anterior decisión de su vida o traicionarla; puede investir constantemente su vida toda con la unción de su vocación sacerdotal, o vivir su vida interna al margen de ella, y aún externamente ser infiel a esa voca-

ción. Así, tales antitéticas direcciones no encajan necesariamente con el hecho primero; y quedan, por tanto, en pie dos o más posibilidades opuestas aún después de la libre posición de aquellos actos primeros; queda así todavía abierto e indeterminado el futuro.

Por eso no es aún este fenómeno espiritual lo que entendemos cuando decimos que el momento presente incluye en sí en determinadas circunstancias el futuro.

Todavía, para poner más en claro nuestro pensamiento y ver cómo es esto posible, consideraremos una objeción que parece a primera vista poner de manifiesto la imposibilidad de aquella pretendida anticipación del futuro. El hecho de la *libertad* parece, en efecto, demostrar tal cosa como irrealizable. El hombre es siempre libre, por tanto, también en los momentos futuros de su vida. Parece, pues, inconciliable con este hecho el que el hombre pueda, anticipándolo, encerrar su futuro en el momento presente, que decida él ahora sobre él, que llene el presente momento con el peso de su futuro, que se prive de antemano para siempre, por así decirlo, de las posibilidades del todavía siempre futuro, adelantando violentamente su realidad al momento presente. Parece poder aplicarse aquí el dicho evangélico: "Bástale a cada día su trabajo."

Pero esta objeción, así planteada, nos da ya por sí misma luz para deducir algo importante, que convendrá no olvidar en las siguientes consideraciones. Si prescindimos por un momento de casos límite, que tocaremos luego brevemente, se sigue del hecho de la libertad (que en principio se extiende a todo lo largo de la vida del hombre), que en todo caso la decisión libre de un momento no puede prejuzgar de tal manera el futuro, que el hombre sepa con seguridad plena que con ese acto ha impreso ya su sello a todo el futuro y decidido de él. De lo contrario, sería tan sólo el futuro a manera de un *desarrollo mecánico* de lo que en aquel acto tuvo lugar; la vida futura no estaría en la oscuridad del futuro imprevisible ni bajo la ley del riesgo responsable.

Pueden darse, como la historia de los Santos y la Teología nos enseñan, casos en los que el hombre sabe (la Teología habla de una conscia "confirmación en gracia"), que su vida, como total decisión libre ante Dios, ha hecho tales progresos, que no tendrá ya ningún fallo. Pero éstos son, como hemos dicho, casos límite, que aquí no nos tocan de cerca por lo raros, y porque no hemos de contar con ellos para nuestra propia vida. En ellos tiene certeza el hombre de que como persona espiritual ha muerto ya, a su modo, la feliz muerte del justo. Por regla general, sin embargo, no acompaña esta certeza a nuestra libertad, ni disipa la oscuridad de la peregrinación terrestre que se decide en noche, en un no-saber y riesgo; un no-saber con seguridad absoluta cómo anda uno delante de Dios.

* * *

Pero si, hablando en general, es cierto que no se da un consciente e infalible haberse-ya-decidió sobre el futuro, no es esto decir que no pueda darse en absoluto una intentada y lograda anticipación decididora del futuro. Un tal fenómeno parece efectivamente que sí puede ser una realidad en la vida espiritual del hombre. Veremos cómo. Para ello ahondaremos en el sentido de la libertad humana. Ante todo la libertad, en su íntima

naturaleza no es, como parece pensar la mente vulgar del "cada día", la facultad de hacerlo todo y cada cosa en todo momento (al menos, en el interno *sí* y *no* del íntimo núcleo espiritual de la persona). Libertad es más bien la facultad de poder hacerse y producirse en cierto modo a sí mismo libremente, totalmente, en un determinado momento; de poner actos rigurosamente *definitivos*. La libertad no sólo no excluye la posibilidad de poner actos internos, por decirlo así *eternos* y para siempre (no sólo aquellos otros externos irrevocables que antes mencionamos), sino que tiene ahí precisamente su más íntimo sentido y aplicación.

El ser no libre se crea estados y situaciones que pueden siempre cambiarse, invertirse, revisarse. La libertad, en cambio, se encumbra hasta lo definitivo, irrepetible y eterno. El destino definitivo, eterno y permanente del ser espiritual, no es un estado o ley interna que irrumpe inadvertidamente sobre la persona libre y contra la tendencia de su libertad, interfiriéndola desde fuera, anulándola; sino justamente *es la madurez y el resultado de la libertad misma*. Y por ello puede decirse que la decisión libre de cada momento abarca y anticipa de algún modo la totalidad de la vida. Por ello puede en un momento dado decidir su total eternidad. Y por ello la libertad en todo momento, en que real y verdaderamente se pone en juego toda ella, con todo su peso, apunta a la total marca y sello de la persona, a su pura y total auto-producción, en la que el acto de la libertad se hace el estado definitivo de la persona, el acto permanente de la persona misma.

Esta *tendencia* naturalmente inscrita en la *libertad* a hacerse en un determinado momento no ya simplemente la temporalidad de un momento particular que se supera, sino momento de la eternidad, en que la vida entera es comprendida y decidida, puede, es verdad, salir mil veces fallida en casos particulares. En el hombre (que es nuestro caso), el éxito pleno de esta tendencia puede depender de condiciones externas que no están bajo el dominio de la libertad; muchas veces no podrá lograr la persona concentrar en un momento dado la total posibilidad de su vida espiritual, para hacer de mil actos sucesivos y encadenados de la temporalidad la única y total actualidad de una vida. *Pero esa tendencia está siempre ahí latente, porque pertenece a la esencia de la libertad.*

La libertad del momento apunta siempre a la totalidad de la vida; gravita siempre sobre ella la responsabilidad para el tiempo y la eternidad. Fácticamente las más de las veces no aprisionará aquella totalidad; en mil casos se le escurrirá, sea ello porque el acto mismo de la libertad no agarra radicalmente, es decir, hasta las raíces, en la profundidad de la humana existencia, sea porque ciertas condiciones extrínsecas independientes de la libertad del hombre no se han cumplido en adecuada medida.

Nunca o casi nunca tendremos conciencia cierta y refleja de que se ha realizado con pleno éxito el acto de la decisión total, del pleno ejercicio de la libertad.

Pero puede darse, y se da de hecho, un momento en que efectivamente la libertad llega a realizar aquello a lo que constantemente apunta, decidir una vez de todo y para siempre. *Ese momento es la muerte*. En la muerte es cortado el hilo de la vida, ese hilo que el hombre querría seguir hilando sin fin; pero en la muerte también

el hombre completa la melodía de su vida; allí muere él su "propia" muerte; es decir, al menos en el momento de morir es él aquello que libre y definitivamente se ha hecho, de modo que el resultado fáctico de su vida y lo que él mismo libre y definitivamente quiere ser vienen a coincidir en una cierta identidad. Por más que nos resulte esto un misterio y tengamos muchas veces la impresión contraria.

Pero, *¿cuándo se da con exactitud este momento de la muerte tomada como supremo acto de la libertad, es decir, del completarse a sí mismo desde dentro? ¿Cuándo se ha hecho por completo el hombre a sí mismo? Lo que decíamos ahora de la muerte, es sólo exacto en el sentido de que (según el testimonio de la fe) al sobrevenir la muerte como fenómeno biológico, ha tenido ya lugar aquel momento del morir humano que cierra y consume el ciclo de la libertad*. Pero si ese momento coincide temporal y cronométricamente con la muerte en su sentido biológico, no lo sabemos. Podemos, por de pronto, decir solamente, que mientras vivimos (dejando aparte los casos límite apuntados) no sabemos si ese momento ha tenido ya lugar, que, por tanto, debemos contar con que tenemos aún en nuestras manos ese momento de la total disposición y decisión de nuestra vida.

Podemos, además, presentir que *no siempre ni aun frecuentemente coincide ese momento con la muerte física*. La experiencia del porcentaje medio de la muerte con su estupidez y abotargamiento hasta la inconsciencia, parece no hablar en favor de esta coincidencia de muerte libre y muerte física. Ahora bien, hemos dicho que todo acto libre tiende por sí a ser el acto de la libre y consumada auto-producción total en el sentido explicado. Podemos, pues, con razón, sospechar que semejante acto tiene más garantías de realizarse en tiempo distinto del morir biológico. Y si verdaderamente ese acto supremo es el fin y el sentido último de todo acto de la libertad, deberemos expresa o implícitamente querer realizarlo en todo momento de nuestra actuación libre.

Y ¿no hay experiencias en nuestra vida que efectivamente se orientan en esta dirección y sentido que hasta aquí hemos estado deduciendo sólo a base de la esencia de la libertad? ¿No hemos vivido nosotros ya en la historia de nuestra alma momentos que tuvimos la impresión de no poder jamás olvidarlos; que la acción, la vivencia, la intención que allí experimentamos jamás desaparecerían de nuestro ser (tan profundamente se grabaron en la faz de nuestro espíritu); que no podríamos jamás retroceder de aquello que allí, en plena libertad, tuvo lugar en nosotros, *y no a pesar de ser aquello libre, sino precisamente por serlo?*

Si somos ya de alguna edad, ¿no es verdad que más de una vez en la vida hemos sentido algo de esto, como un toque tenue y tímido, pero con un indecible transporte que nos sobrecogía con reverencial y anonadada confusión, un tener la impresión de que no podíamos ya escapar al amor de Dios, que el divino cazador había ya acorralado su presa, siempre huidiza, de forma que no quedaba ya sino aguardar en dicho estremecimiento el momento de ser su presa definitiva?

No lo olvidemos. Tales experiencias, *obras de la gracia, son no menos hechos de nuestra libertad, acontecidos en el sí de nuestro íntimo ser.*

Y aun cuando tales experiencias se demostraran luego ser en casos particulares bellas decepciones (como las

tiene el alpinista que en una ascensión de montaña se cree engañosamente ante la última cota porque se sus- trae a su mirada oteadora un nuevo trecho del camino que está detrás), ¿no son esas mismas decepciones una prueba de que eso que pensábamos tiene fundamentalmente su realidad, de que el espíritu (¿cómo, si no, hubiera *sufrido* tal decepción? se encamina impulsivamente hacia aquellos momentos cumbres en los que al fin se cumplirá todo; que, por tanto, alguna vez será verdad que de repente, sin casi advertirlo, sin ruido, se encuentre en la cima anhelada, *con la plenitud de su vida totalizada en un momento cumbre, vaciada en la forma definitiva y acabada de su libertad?*

Esta es, pues, nuestra condición. *Tendencia fundamental a abarcar siempre con nuestra libertad la totalidad de nuestra vida.* Un sinnúmero de veces nuestro esfuerzo abarcará de hecho tan sólo una pequeña parte del todo; no obstante, operará latente, pero incesante el intento de aprisionar por junto el pasado y el futuro en el acto de la libertad, para con todo plasmar de una vez la definitiva verdad y realidad de nuestra vida.

Y suceden entonces las horas estelares de nuestra vida; sólo Dios percibe distintamente su tono. Insospe-

chadamente, de modo a nosotros mismos escondido, tendremos de pronto enteramente en nuestras manos *el fruto de toda nuestra vida.* Lo que entonces temporalmente se realiza en nuestra vida es sólo el final dichoso de una sinfonía, que nos transporta y embelesa, porque (y no podía ser de otra manera) es como el exacto recuento de una jornada electoral, cuyo resultado de conjunto estaba ya asegurado de antemano, y como la maduración de un fruto, que ya se desprende del árbol.

Llamemos, para darnos a entender en breves palabras, a esta hora cumbre de nuestra libertad, hora secreta y única, *el momento de la eternidad, en el tiempo o el momento de la eternidad temporal.* Ahora presentimos lo que puede ser ese momento. Sabemos que ese momento, como tal, bien que realizado con libertad, *queda oculto a nosotros mismos;* pero también sabemos que la libertad avanza siempre y tiende hacia él; que en él se consume y completa ella misma; que nosotros, sabiéndolo o sin saberlo, vivimos siempre en conato y esfuerzo hacia ese momento, *a realizarlo y completarlo, y en él realizarnos y completarnos a nosotros mismos.*

(continuará)

Y EL VERBO SE HIZO CARNE

(Glosa a la «HAURIETIS AQUAS»)

La Nueva Alianza de Dios con los hombres, Alianza hecha por el mismo Jesucristo, Alianza definitiva y eterna, fue realizada en medio de dos grandes obras, que son los dos más altos y más profundos misterios del amor de Dios a los hombres: el de la Encarnación y el de la Redención.

Detengámonos reverentes y agradecidos ante ellos; mas no como de lejos y sin atrevernos a atravesar la zona de majestuosa oscuridad que circunda estos inefables misterios, sino animados con la invitación que nos hace el mismo Señor por San Pablo: "Acerquémonos al trono de la Gracia" (1).

Ni vamos solos. Es el Discípulo amado, como nos dice Pío XII, el que al decirnos, según recordábamos al final del artículo anterior, que "de la plenitud de Cristo todos nosotros hemos participado...; la gracia fue traída por Jesucristo" (2), nos introduce en estos dos grandes misterios de la infinita caridad de Dios. Nadie mejor que San Juan, el Discípulo a quien amaba Jesús con predilección, el que reclinó su cabeza, durante la Última Cena, en el pecho del Señor, y de allí, como canta la Iglesia, de la misma Fuente del Corazón de Cristo, bebió los raudales del Evangelio.

Los que por desdicha nuestra, al vivir embebecidos por los bienes terrenos, ponemos toda nuestra atención en ellos, parémonos, elevemos el alma, levantemos los ojos del espíritu, y pensemos que es cosa digna, justa, recta y saludable, nos dediquemos a la contemplación de tan grandes, y a la vez tan suaves misterios, "a fin de que, iluminados por la luz que sobre ellos proyectan las páginas del Evangelio, podamos también nosotros experimentar el feliz cumplimiento, que también para nosotros se ha realizado, de aquel ardiente deseo que el Apóstol S. Pablo formulaba, escribiendo a los fieles de Efeso: «Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; y vosotros, arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender, en unión de todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad de este misterio, y comprender también el amor de Cristo hacia nosotros, que sobrepuja a todo conocimiento, a fin de que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios»" (3).

De estos dos grandes misterios, consideremos ahora el primero: la Encarnación; y para proceder con orden: a) su Decreto; b) su preparación; c) su ejecución; d) toda ella, gran misterio de amor.

a) Decreto eterno de la Encarnación

Vio Dios desde su eternidad que el género humano, después de creado por Él en tanta grandeza, y elevado por Él con tan inefable bondad al orden sobrenatural, se

había se apartar de Él por la prevaricación del primer padre de la familia humana, Adán; pero con eterno decreto determinó remediar el linaje humano y levantarlo de su caída. Fue tan inmensa la misericordia de Dios para con los hombres, que, aun ofendido gravísimamente por su rebeldía, persistió en aquel maravilloso plan que nos dice por Jeremías: "Te he amado con amor eterno;

(1) Hebr., 4, 16.

(2) Jo., 1, 16-17.

(3) Ephes., 3, 17-19; Encycl., n. 24.

por eso te atraigo con bondad" (4); y al remediar nuestro inmenso mal, quiso realizar los designios de su bondad; y pues nos creó porque nos amó, y por lo mismo nos creó para que le amásemos, se determinó en su eternidad a recobrarlos, a traernos hacia Sí, a conducirnos a su eterna y dichosísima posesión por perfecto conocimiento y perfecto amor, fin que Él nos había señalado magnificéntisimamente al darnos la vida humana y al elevarnos a la vida sobrenatural.

Y ¿qué medio para este remedio?

Muchos medios vio la infinita Sabiduría de Dios para realizar su designio de redimir el linaje humano: podía hacerlo perdonándonos nuestras culpas con pura y sola misericordia; o creando otro nuevo hombre, que satisficiera por nosotros; o dar este encargo y misión a alguno de los más excelsos Serafines. Pero no quiso Dios escoger el medio que era más fácil ni menos perfecto, ni encargar esta obra a otro ser creado, por elevado y dignísimo que fuese; sino escogió *el mejor medio que era posible*, trazando que el Hijo de Dios se hiciese hombre

para remediar y salvar a los hombres. Y así es que no pudo darnos mejor Remediador, ni más poderoso remedio, ni más plena salvación, ni más copiosa redención, queriendo con soberana bondad que, adonde abundó el delito, abundase infinitamente más la gracia (5).

Con este decreto que desde la eternidad hicieron las tres Divinas Personas de que la Segunda, el Verbo, el Hijo, se hiciese hombre para remediar el linaje humano, perdido por el pecado de Adán, junto Dios el especial decreto de que el Hijo Unigénito del Padre, para hacerse hombre, naciese de mujer; es decir, tuviese Madre, la Virgen María, la cual había de estar íntima e indisolublemente unida a la vida y a la obra del Salvador divino, y para ser digna Madre de Dios-Hombre, sería Inmaculada en su misma Concepción, llena de toda gracia, objeto de las mayores predilecciones divinas. Con esto, también nosotros los hombres tendríamos Madre, ¡y qué Madre!, para la vida divina en nosotros, la vida de la gracia.

b) Preparación

Apenas la negra noche de la culpa cayó sobre la tierra, envolviéndola en tristísimas tinieblas, cuando el Dios de la bondad, como quien tiene prisa y aun divina impaciencia para comenzar a descubrir el gran secreto de su gran misericordia, rasgó con un rayo de luz celestial la oscuridad de aquella noche, mostrando a nuestros primeros padres en lontananza la realidad esperanzadora de un descendiente de la mujer engañada, el cual, en brazos de una Virgen Madre, había de quebrantar la cabeza de Lucifer, el engañador. Así comenzó la preparación de la dichosa ejecución del soberano decreto.

Y prosiguió por todos los largos siglos del Antiguo Testamento.

Con genial expresión dijo S. Agustín: "Omnis lex grava erat Christo"; la Ley Antigua era como una madre que, habiendo concebido al futuro Mesías, lo llevaba cuidadosamente en su seno, y lo iba formando en las almas de aquellas remotas generaciones, hasta que llegase el tiempo de que fuese dado a luz en la plenitud de los tiempos.

Todo en aquellos siglos se dirigía a preparar la venida y recepción del "Deseado de las gentes"; todo lo anunciaba y lo hacía presentir en medio de aquel admirable conjunto de ceremonias, de figuras y de sacrificios del culto mosaico; y los grandes patriarcas y esclarecidos profetas que iban apareciendo a través de los tiempos en la era primitiva y en la era del pueblo escogido, no eran otra cosa que bocetos, más o menos acabados, de la grandiosa figura del Salvador de los hombres, Jesu-

cristo, a la vez Creador y Redentor del mundo; Autor y Consumador de la fe; principio y fin de todas las cosas; en quien, por quien y para quien todas han sido hechas; futuro Libertador en el que habían de concentrarse las esperanzas de las naciones y los destinos del género humano, en el tiempo y en la eternidad. Es que Cristo era el "Cordero inmolado desde el principio del mundo"; piedra angular que une al Antiguo y al Nuevo Testamento; heredero de todos los siglos pasados y Padre de todos los siglos venideros; Centro de todas las cosas en el orden intelectual, moral y social; Cristo ayer, hoy y eternamente. Su conocimiento y su amor debió constituir el fondo de la vida de las almas en la Ley Antigua, como lo debe ser y lo es para los hijos de la Iglesia en la Ley Nueva; porque no hay más que un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, a quien deben adherirse todas las inteligencias, y amar todos los corazones, y reconocer, como Soberano Señor y Rey, todos los pueblos.

Y si esta preparación fue tan larga, y tardó tanto tiempo la venida del Libertador, fue por causas muy graves, las cuales expone con su penetrante intuición el Doctor Angélico en la cuestión 1.^a, artículos 4.^o y 5.^o de la Parte tercera de su Suma Teológica; y las propone a nuestra consideración con su acostumbrada profundidad y unción al P. Luis de la Puente, en la Meditación V de la Parte II de su libro inmortal y de perenne actualidad, "Meditaciones Espirituales".

c) Ejecución

El encantador relato de San Lucas en el capítulo 1.^o de su Evangelio, vv. 26-38, no solamente nos narra, sino que nos describe y nos hace presente, como si lo viésemos con los ojos y lo oyésemos con los oídos, el maravilloso anuncio que el Ángel San Gabriel hizo a María Virgen, de parte de Dios, de que había sido ella escogida

para ser Madre del Divino Salvador; y la aceptación, también maravillosa, con que la elegida para tan sublime dignidad y tan trascendental misión, se ofreció al cumplimiento de la divina voluntad, con aquellas breves palabras que muestran la profundidad de su humildad y la grandeza de su generosidad: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra".

Más compendiosamente nos refiere San Juan la ejecución de la Encarnación en el sublime Prólogo de su

(4) Jer., 31, 3.

(5) Rom., 5, 20; Cf. La Puente, Med. Esp., II, Mod. 1.^a.

Evangelio (6): "Y el Verbo se hizo carne; y habitó entre nosotros".

El Hijo Unigénito del Padre, el Verbo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, asumió en unidad de persona una naturaleza humana, alma y cuerpo; y así el que desde la eternidad era Dios, igual en todo al Padre con el Espíritu Santo, quedó hecho hombre; y desde entonces, y en el seno de la Virgen Madre, para después aparecer en el mundo, el que era Dios, era Hombre también; y el que era Hombre, era también Dios: uno mismo, Dios y Hombre a la vez; una sola Persona, la divina, la del Verbo, en ambas naturalezas, divina y humana. De esta manera, y no de otra, hay que concebir y conocer siempre a Jesucristo: siempre Dios, humanado; siempre Dios, deificado: Dios en las flaquezas humanas: Hombre en las grandezas divinas. Jamás solo Dios; jamás solo Hombre. Siempre verdad y plenitud de Dios;

d) La Encarnación, gran misterio del amor de Dios

Si de tan sublime misterio pudiésemos hablar con las pobres expresiones del lenguaje humano, diríamos que la Encarnación del Verbo Divino fue *la gran corazonada de Dios*.

Cierto es que todas las demás perfecciones divinas brillan magníficamente en este gran misterio, como lo expone el citado P. Luis de la Puente en el Punto 3.º de la Meditación 1.ª de la II Parte, haciéndonos considerar cuán admirable y perfectamente se muestra en este misterio la infinita bondad de Dios en comunicarse a Sí mismo con la mayor comunicación posible, dando su ser personal a una naturaleza humana — su inefable caridad en unir consigo esa naturaleza humana con tan estrecha unión, que uno mismo fuese Hombre y Dios —; su grandísima misericordia, haciendo lo que ya no puede ser mayor misericordia, al venir personalmente el Hijo de Dios, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, a remediar nuestras miserias, y hacerse capaz de tristeza, para tener efectiva compasión de ellas; su altísima justicia al pagar el mismo Dios Humanado nuestra propia deuda, pasando por la pena de muerte que mereció nuestra culpa; su inmensa sabiduría en inventar modo cómo juntar cosas tan disitntas como son Dios y hombre, eterno y temporal, impasible y pasible; su omnipotencia en hacer por el hombre lo sumo que podía hacer en razón y honrarle y enriquecerle, porque entre todas las obras divinas, ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre; y su santidad y todas sus virtudes, imprimiéndolas en Dios Humanado para que Cristo fuese dechado visible de todas ellas, animándonos con su ejemplo a imitarlas, y ayudándonos con su gracia a procurarlas.

Pero aunque todas las divinas perfecciones resplandecen en este gran misterio de la Encarnación; pero, como también lo expone el mismo incomparable Autor del mejor Libro de Meditaciones que tiene la Santa Iglesia, en la Med. 2.ª de la dicha II Parte, sobre todas campea el amor de caridad de Dios.

Lo dijo Cristo Nuestro Señor hablando a Nicodemo, y dándole la suprema explicación del misterio de su En-

siempre verdad y plenitud de Hombre. Dios visible y tangible en la realidad de la carne; carne transfigurada por los fulgores de la divinidad (7).

En el símbolo de nuestra fe confesamos y decimos: "Y tomó carne de María Virgen, por obra del Espíritu Santo; y se hizo Hombre". Y nos arrodillamos al proclamar en la Santa Misa este gran misterio de nuestra fe.

También nos arrodillamos cuando, al finalizar la Santa Misa, al leerse el Prólogo del Evangelio de San Juan, repetimos todos los días: "Y el Verbo se hizo carne; y habitó entre nosotros".

Quien desee penetrar la diferencia entre ambas expresiones: "se hizo Hombre"; "se hizo carne"; y más aún las profundidades y altezas de la frase de San Juan, lo puede ver en la admirable y completísima explicación que de ella hace el P. José M.ª Bover, en su alabandísima Vida de N. S. Jesucristo, págs. 42-48.

car nación: el amor de Dios a los hombres: "Así amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito, para que todo el que creyere en Él no parezca, sino alcance la vida eterna" (8); en las cuales palabras cifró el Divino Salvador tres cosas principalísimas de este soberano misterio, es decir: la fuente principal de donde procedió su grandeza; la misma inestimable grandeza del don y regalo que Dios hizo al mundo; y sus fines y efectos, sobre toda ponderación maravillosos.

Eco de estas palabras de Cristo es aquella expresión de S. Pablo: "Dios, que es rico en misericordia, nos amó con una caridad tan grande, que se nos presenta como un colmo de caridad, como un exceso de amor" (9); como si dijera: no nos amó porque tuviese necesidad de nosotros, ni porque lo mereciésemos de justicia, ni porque hubiese en nosotros algo que le moviese a amarnos, pues antes bien lo desmerecíamos totalmente, y éramos indignísimos de tal amor y de tal don y beneficio, y bien sabía Dios nuestra mala correspondencia con tan increíble gratitud que viniendo este gran Unigénito de Dios al mundo para vivir en él y salvarle, el mundo no le conoció, ni le recibió, y le deshechó; sino que nos hizo Dios este inmenso don porque su misericordia se compadeció de nuestra miseria, y su caridad quiso como salir de Sí para amarnos.

Mas no todos le desecharon. Su Iglesia, como verdadera Esposa de Cristo se adhirió a Él con total entrega de amor. Lo vemos principalmente en los primeros siglos cristianos.

Los Apóstoles, los Discípulos de ellos, los Padres Apostólicos del siglo I, y los Padres Apologistas del siglo II, portadores y defensores del mensaje de Cristo, llegaron a las almas, y aun a lo más profundo de las almas, porque vivían por Cristo y para Cristo; el amor de Cristo les llenaba por entero; y así, encendidos en el amor de Cristo, hicieron ver a toda clase de personas, a la plebe y a los dirigentes, a las almas sencillas e incultas y a las intelectuales y sabias, que el mensaje de Jesús merecía ser aceptado, viviendo en él, y hasta muriendo por él. S. Justino, uno de los Padres Apologistas, había observado: "Nadie ha creído a Sócrates, hasta el punto de morir por lo que Sócrates enseñó". Por Jesucristo, ¡cuántos y cuántos!

ROBERTO CAYUELA, S. J.

(6) Jo., 1, 14.

(7) Cfr. Bover; Vida de N. S. J. C. págs: 44-45:

(8) Jo., 3, 16.

(9) Ephes., 2, 4.

EL RETO ECONOMICO DE LA U. R. S. S. A LOS ESTADOS UNIDOS

El viceprimer ministro soviético, Novikof, ha declarado ante el Pleno del Soviet Supremo, que el pasado año la producción industrial soviética llegó ya al 60 por 100 del total de la yanqui, y que los incrementos logrados actualmente acortan aún más las distancias. "No se halla lejos la hora — dijo Novikof — en que los países socialistas logren una completa superioridad sobre el capitalismo en la producción material, esfera decisiva del esfuerzo humano".

De la competencia militar a la económica

El desarrollo conseguido en materia de armamento por los progresos tecnológicos ha inducido a algunos a pensar que, hasta los dirigentes soviéticos más fanáticos del predominio mundial del comunismo, vayan perdiendo entusiasmo por una conflagración universal. Saben, en efecto, que una guerra, en los términos en que el eventual conflicto había de plantearse, no ofrece, ni para la URSS, ni para nadie, una perspectiva clara de victoria, y, en estas condiciones, falla como instrumento de política, porque su objetivo elemental resulta inalcanzable. Ello explica el que presten igual atención a la competencia económica que a la militar. Rusia está lanzada abiertamente por este camino y ya empieza a alardear de éxitos sensacionales y a pronosticar su victoria económica.

Este aspecto del reto soviético, es el que voy a examinar, siguiendo muy de cerca las exposiciones hechas sobre el problema por los economistas John Kenneth Galbraith y W. W. Rostof. Rostof ha comparado las líneas de desarrollo de la economía soviética y de la norteamericana a partir del año 1913, indicando el crecimiento relativo de la producción industrial en cada país, para concluir, que carecen de valor las comparaciones absolutas y el que la curva de producción soviética suba por encima de la americana, puesto que esto indicaría solamente el superior esfuerzo interno de la sociedad soviética y quizá también, su nivel de arranque muy por debajo del ni-

vel norteamericano en aquella fecha. El "despegue" de la economía soviética hacia el desarrollo económico se produjo ya antes de la revolución bolchevique, en el período que va de 1890 a 1914. La Revolución bolchevique significó, de 1917 a 1920, una fuerte caída de la producción total, precisamente el punto donde se inicia la principal diferencia entre el crecimiento de ambas economías, puesto que en la década de 1920 a 1930 la economía americana comienza a cosechar los frutos de su madurez, mientras la producción se reduce considerablemente en la Unión Soviética. La gran depresión de 1920 fue una segunda discrepancia entre el desarrollo de ambas economías. La producción americana cayó por efecto de la depresión y su esfuerzo productivo no llega a recuperarse hasta 1940, mientras que la economía soviética sigue una expansión constante desde 1920.

A pesar de esto, cuando la economía norteamericana adquiere un desarrollo normal, lo hace a un ritmo del 4,4 por 100, mientras que la soviética —entre 1928 y 1939— ha sido de 1,7 por 100 anual. Estas cifras deberían compararse con el ritmo de crecimiento de la renta real por hombre-hora, calculado para los Estados Unidos y para otros países de economía libre. Los Estados Unidos ya desde 1890 vienen sosteniendo un ritmo de crecimiento del 2,3 por 100, al igual que otros países como Australia, Bélgica, Canadá, Finlandia, Francia, Italia, Japón, Holanda, Nueva Zelanda, Suecia, Suiza y Sudáfrica, y en general, todos los países industriales del mundo libre. Si he citado estas tendencias tomando como punto de partida fechas lejanas, ha sido para señalar "constantes" económicas y no situaciones de esfuerzo excepcional, porque si tenemos en cuenta estas situaciones excepcionales, llegaríamos a resultados tan paradójicos como el que, comentando el tema, cita el economista de Oxford, Colin Clark, al decir que consideraríamos como "un incapaz" al médico que trazara un diagrama logarítmico con las ganancias en peso de un niño recuperado tras grave enfermedad,

para pronosticar que, siguiendo esa tendencia, en poco más de un año el niño pesaría más que su padre.

Respecto de la economía soviética los análisis meticulosos sobre la productividad rusa muestran que a partir de 1953 el ritmo de crecimiento tiende a decrecer. A lo largo del período de 1913 a 1956 crece a una media anual de 1,2 por 100. Polin Clark concluye su estudio con las siguientes palabras: "Al igual que muchas otras cosas que "todo el mundo sabe", el supuesto 6 por ciento anual de desarrollo de la economía soviética es un mito. El mito nace del examen de los datos disponibles, correspondientes al período 1948 a 1953 y de la suposición de que el movimiento que refleja se continuara indefinidamente". Ahora bien, es evidente que cuando un país se recupera tras una guerra, una invasión u otros desastres parecidos que reducen su productividad a un bajo nivel, se produce una etapa de recuperación de ritmo rápido, etapa a la que sigue un período que decrece gradualmente hasta aproximarse al nivel normal que hubiera debido alcanzar en el caso de que la guerra no hubiese tenido lugar. Este fenómeno se ha registrado en estos años en Alemania, Japón e Italia, países que sufrieron, como Rusia, las graves consecuencias de la guerra.

La propaganda rusa toma estas cifras anormales de un momento excepcional y las proyecta sin más hacia el futuro como "constantes" permanentes, sobre las que hacer pronósticos. No es necesario insistir en que este criterio es completamente anticientífico y que da una perspectiva falsa del proceso económico que con él se quiere analizar.

No debemos olvidar que la URSS ha sido hasta hace poco un país atrasado, fundamentalmente agrícola y con un nivel de vida muy bajo. En un país semejante el rápido ritmo de desarrollo industrial y el aumento de productividad agrícola da proporciones importantes; pero estas se relativizan al considerar que se arranca de un nivel bajísimo. Este ritmo rápido que tanto sorprende y pasma a los papanatas se debe a que en tal situación de

atraso es posible una inversión mayor en el progreso técnico y científico, lo que da también un excedente notable de producción comparativamente con los niveles de partida.

Tras de estas precauciones de consideración, puedo citar sin reparo las palabras del ministro soviético, Novikof al anunciar que el comercio soviético se incrementará en 1961 en un 6,5 por 100; que la URSS comercia actualmente con 76 países capitalistas y que va a participar en la construcción de más de 380 instalaciones industriales en países extranjeros mediante convenios de colaboración técnica. Todo esto puede ser cierto, sin que sin embargo, fortifique lo más mínimo la perspectiva de victoria en el reto económico de la URSS a los Estados Unidos. Es indudable, por lo menos que el reto existe.

La esperanza soviética de igualar y hasta superar a la economía norteamericana

La actualidad y el interés de este contraste de las economías soviética y norteamericana, sugerido a raíz del reto soviético, se agudiza actualmente por los programas de la nueva Administración de Washington, la cual, consciente de este desafío, proyecta su economía nacional y exterior para vencer al comunismo en este nuevo escenario de la competencia.

Los consejeros económicos del presidente Kennedy, profesores, Paul Samuelson, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, W. Rostof, J. K. Gailbraith, James Duesenberry, Seymour Harris y otros, han desarrollado los términos económicos de este problema de competencia entre los dos grandes colosos mundiales. Voy a servirme de algunas ideas expuestas en sus trabajos para dibujar los términos de esta interesante lucha en la que se juega el predominio mundial del comunismo o de una sociedad de libre empresa.

El profesor W. W. Rostof lo ha precisado en estos términos: "Nuestros peligros no estriban primordialmente en el tamaño de la economía soviética o en su ritmo general de crecimiento. Nuestros peligros proceden de la distribución peculiar de los recursos de los so-

viets, de las especiales políticas soviéticas, de la forma en que los norteamericanos concebimos hoy nuestros problemas en el escenario mundial y, consiguientemente, de la forma en que distribuimos nuestros recursos humanos y materiales. Constituiría un grave daño el que la concurrencia de esa selecta colección de análisis económicos viniera a oscurecer esa conclusión y a perpetuar un enfoque un tanto supertécnico y cuantitativo de los problemas que, en fin de cuentas, no estriban en el desarrollo soviético, ni siquiera en economía comparativa, sino en hábitos de pensamiento y en políticas americanas. Parto del supuesto de que lo que a todos nos interesa en este caso no es un estudio de la riqueza de las naciones, sino la protección del interés nacional y la causa de la libertad humana en todas partes".

Población y fuerza laboral respectiva

La población soviética y la norteamericana están bastante próximas gracias a las variaciones experimentadas en las tasas recientes de natalidad y por las pérdidas soviéticas debidas a la guerra. Entre 1939 y 1959 la ventaja demográfica en favor de Rusia respecto de los Estados Unidos, ha disminuido del 46 al 18 por ciento; pero se prevé que en el próximo decenio habrá cambios importantes en la estructura de ambas poblaciones, aunque es poco probable que durante ese período se agrande mucho la diferencia, ni en cuanto a población total, ni en cuanto a las categorías más importantes de población para la actividad económica y militar.

En lo que respecta al ritmo de natalidad se registra cierta estabilidad en el grado sorprendentemente alto de los Estados Unidos en la postguerra, al mismo tiempo que se observan indicios de que la urbanización acelerada y los niveles de vida más altos tienden también a rebajar algo el ritmo demográfico soviético. En todo caso, podemos dar por sentado que los Estados Unidos y Rusia, a efectos de fuerza productiva en el campo de la economía, cuentan con una población muy semejante. En el aspecto estrictamente laboral existe también una equivalencia a grandes rasgos

pese a la mayor participación de las mujeres en la actividad económica rusa y a que la agricultura norteamericana emplea una proporción mucho menor de trabajadores que la rusa. En cuanto a la productividad, la Unión Soviética se va apartando de los sistemas primitivos en que prevalecía la concentración de masas laborales no calificadas para orientarse hacia una productividad por hombre muy parecida a la de los Estados Unidos. Esto se observa en la reducción del trabajo forzado en la economía soviética durante los últimos años y en el desarrollo de la mecanización y la automatización de la industria.

Si pasamos ahora a las ramas particulares de la economía, podemos observar que la agricultura soviética ha logrado algunos éxitos en los últimos años, mejorando los incentivos y la organización, con lo que Rusia ha aumentado la producción de los artículos alimenticios más importantes. No obstante, la productividad soviética por cabeza permanece todavía por debajo de la norteamericana y deberá continuar inferior durante la próxima década.

El esfuerzo soviético hacia la victoria cuantitativa

Esta tensión de los planificadores soviéticos para obtener la victoria cuantitativa sobre la economía norteamericana se certifica en múltiples aspectos de la aplicación económica, algunos de los cuales voy a exponer: por ejemplo, el ritmo de la inversión bruta soviética es aproximadamente el 25 por 100 de la renta nacional bruta, mientras que la inversión norteamericana es aproximadamente del 20 por 100, incluyendo en esta proporción también la inversión pública. La continua concentración de la inversión soviética en sectores industriales, servicios y transportes, seguirá manteniendo probablemente un ritmo de aumento más elevado de la inversión soviética, respecto de la norteamericana. Hay que tener en cuenta en este punto que Rusia depende para los transportes, en mucho más grado que los Estados Unidos, del transporte ferroviario, que en Rusia es el 90 por ciento del transporte total. Actualmente la URSS despliega un gran esfuerzo para

aumentar el transporte por carretera, la utilización de oleoductos y la tracción por energía eléctrica y motores Diesel en vez de la tracción de vapor. Con todo, el tráfico norteamericano de mercancías es todavía el doble que el tráfico soviético. En cuanto a energía eléctrica, aunque ambas naciones están bien dotadas para la aplicación de la energía atómica, desarrollan la energía hidráulica en una proporción de 1 a 4 en favor de los Estados Unidos. Así, en 1957 los Estados Unidos generaban tres veces y media de kilowatios-hora más que la Unión Soviética, aunque sólo la mitad aproximadamente de esta energía era consumida para fines industriales, mientras que la Unión Soviética consume en estos usos el 80 por 100.

En cuanto al desarrollo industrial general, en 1955 el volumen de la producción industrial soviética era menos de un tercio de la norteamericana y la renta nacional sólo alcanzaba al 40 por 100 aproximadamente. Suponiendo optimistamente que el ritmo de aumento de la renta nacional rusa sea en los próximos años de un 4,4 por 100, su proporción respecto de la norteamericana no pasará del 43 por 100. Un aumento del 3 por 100 en los Estados Unidos elevaría la renta nacional por encima del 50 por 100. En cuanto a nivel de vida en general, el soviético es una cuarta parte del término medio norteamericano; en consumo de alimentos por cabeza, algo más de la mitad; en vestido, menos de la mitad, y aunque es de prever un aumento del nivel de vida soviético en el próximo decenio, no pasará del 40 por ciento del nivel norteamericano. Como se ve, la esperanza de equilibrio es todavía utópica.

Los Estados Unidos, pierden por desaprovechamiento de recursos, 150.000 millones de dólares

Los estudios realizados por los consejeros económicos de Kennedy han establecido una serie de conclusiones importantes que valen como hitos para definir la dirección de su política económica. Uno de estos resultados es la comprobación de que el esfuerzo soviético en los últimos años ha sido más intenso que el norteamericano y que, consi-

guientemente, los Estados Unidos han perdido posiciones en su producción comparada, aunque todavía conservan bastante ventaja para asegurar la frustración del empeño ruso.

La preocupación actual es lógica, porque este esfuerzo superior soviético denuncia fallos en la marcha norteamericana que la Administración de Kennedy intenta corregir. Uno de ellos, estridente por los resultados cuantitativos es el de la "ocupación parcial de los recursos productivos" que, según cálculos del economista Leon Keyserling, antiguo asesor del presidente Truman, han representado entre 1953 y 1958 pérdidas por valor de 150.000 millones de dólares. Espanta la proporción astronómica de esta cifra de pérdidas por efecto del desaprovechamiento pues si en lugar de tal despilfarro de recursos, estos se hubieran administrado, sólo con ese capítulo de utilización interna quedarían resueltos los problemas actuales de la economía estadounidense y esta habría podido ayudar de manera aún más decisiva al desarrollo económico de los países atrasados.

A este desaprovechamiento se agrega otro fallo en la política de controles de producción y de regulaciones administrativas que han establecido límites muy concretos para reducir la producción agrícola. La pérdida por este concepto la tasan algunos economistas en cantidad suficiente para suprimir las deficiencias en calorías de todo el mundo subdesarrollado o desnutrido.

Los defectos señalados prescriben una política tendente a eliminar semejante pérdida disparatada de energías productivas materiales y humanas; pero he aquí que el sistema económico norteamericano — como cualquier sistema — debe tender no sólo a sobrevivir, sino también a competir con ventaja sobre los sistemas económicos concurrentes, y en el caso concreto actual, debe dar respuesta adecuada al reto económico del comunismo.

Un problema moral y no cuantitativo

Es curioso advertir que hasta los economistas puros remiten el problema al plano moral, ya que para los Estados Unidos no es cuestión de producir más, dado que los "ex-

cedentes" son también para ellos un problema económico. El reto soviético no se centra en el nivel general de producción, sino más bien en la selección de lo que debe producirse más en el futuro. En este punto valen todavía unas palabras del gran economista Keynes, de hace 24 años, cuando afirmaba: "No existe razón concreta para suponer que el sistema económico vigente emplee mal los factores de la producción que se utilizan...; en lo que ha fallado el sistema económico existente ha sido en determinar el volumen de empleo efectivo y no en su dirección entre las diversas ramas productivas". Unas cifras, referidas a los Estados Unidos ilustran la cita de Keynes: en 1956 la industria automovilística norteamericana absorbía 27.000 millones de dólares, mientras que a la enseñanza privada y pública sólo se destinaban 15.000 millones de dólares. Esta misma sociedad norteamericana gastaba en diversiones de todas clases 3.000 millones de dólares, mientras que a la investigación científica básica la dotaba únicamente con 500 millones y con 600 millones la impresión de libros. Los servicios de agentes de Bolsa y los consejeros sobre inversiones gastaban 900 millones de dólares (mientras que los presupuestos combinados de universidades e institutos consumían sólo una fracción mínima de lo que Estados Unidos gastan en publicidad. Ante estas paradojas, un economista, Paul Baran, ha podido escribir: "¿Puede esperarse fundamentadamente la propagación de la verdad, honetsidad y sentido de finalidad nacional entre personas expuestas a una barrera incesante de propaganda dedicada a fomentar la venta de un remedio contra la "sangre cansada"? ¿Puede uno esperar el desarrollo y crecimientos de la energía intelectual, así como de la integridad de una juventud preparada por pocos y malos maestros que se cría en la violencia, que contempla en la pantalla de televisión asesinatos y toda clase de delitos, que absorbe los titulares, carentes de coherencia gramatical, de los periódicos, que se sumerge, como lectura de fondo, en los "comics" y que contempla a su alrededor la irracionalidad y el despilfarro en el aprovechamiento de los recursos económi-

cos, la destrucción del orden social y la pobreza de la administración pública? Sin duda, es difícil enfrentarse con el reto soviético sobre esa base tan endeble de conquistas culturales, morales e intelectuales”.

En la cita anterior, quizá larga, pero de interés palpitante, queda expuesta con toda crudeza la gran tarea envuelta en la respuesta que Norteamérica tiene que dar al desafío soviético: aprovechar mejor sus recursos para la perfección técnica y la capacidad intelectual de toda clase de trabajadores, gastos que, en definitiva, son los que fomentan el desarrollo pleno de las energías espirituales de un pueblo. El, varias veces citado economista Galbraith escribe a este propósito: “El avance técnico y la mayor habilidad y capacidad, son el resultado de un desarrollo personal. Las máquinas no mejoran por sí mismas; son el producto de hombres mejores. Y la

mayor parte del avance técnico logrado no es el resultado casual de la inspiración o del ingenio, sino de un esfuerzo poderoso. En tiempos pasados, teníamos que esperar los Edison y los Wrights. Hoy, basándonos en la educación y en la organización logramos casi los mismos resultados partiendo de un barro más común. La conclusión es evidente. Obtenemos ahora la mayor parte de nuestro crecimiento industrial, no de mayores inversiones de capital, sino de mejoras en hombres y mejoras introducidas por hombres mejorados y este proceso de avance técnico se ha hecho bastante previsible. De los hombres obtenemos casi todo lo que en ellos invertimos. Hoy es el factor humano el que ocupa el centro de la escena. Porque el hombre no se ha retirado ante la máquina; más bien, la máquina ha llegado a ser enormemente dependiente de la mejora

del hombre. Por lo tanto, la inversión en desarrollo personal es, por lo menos, tan útil como índice de progreso como la inversión en capital material. Los hombres que veneran la sabiduría convencional se resistirán a reconocer este hecho: lo familiar ya se sabe que siempre es defendido con fervor moral exactamente antes de que se convierta en una tontería”.

En síntesis, que el fallo de la economía norteamericana frente al reto soviético no es de bienes de consumo, sino quizá de bienes y servicios que la economía privada no proporciona y que van desde escuelas hasta submarinos atómicos, es decir, de una perfección intelectual, moral y técnica de los propios norteamericanos. Este es, según se prevé, el cometido grandioso de la respuesta del mundo libre al desafío soviético. En suma la respuesta de hombres mejores.

Jesús SAINZ MAZPULE

LA IGLESIA Y EL ALZAMIENTO NACIONAL

Con mucha razón pudo decir Donoso Cortés que todo problema político entrañaba una cuestión religiosa. Pero el dicho del Marqués de Valdegamas tiene particular aplicación si lo referimos a la guerra española de liberación, tantas veces llamado en los documentos eclesiásticos la Cruzada Nacional. Cinco lustros han transcurrido desde aquellos días luctuosos. Una campaña persistente, dirigida desde el extranjero y orquestada desde aquí lleva adelante el empeño no digo de que se olvide, sino de que se desfigure y desvirtúe todo lo que en España sucedió por entonces. La novela tendenciosa y el cine simplista han secundado magníficamente esos planes aviesos. El transcurso del tiempo y la proverbial falta de memoria colectiva de los españoles van haciendo el juego a los enemigos de la Iglesia y de España y van consiguiendo lo que pocos años ha nos hubiera parecido increíble.

Por otra parte son pocos y aislados los esfuerzos para mantener fiel y tenaz el recuadro de tanto heroísmo cristiano. La conjuración enemiga encuentra su cómplice en nuestro silencio y en nuestra pasividad. Ni se esgrimen las plumas ni se levantan las voces para impedir el escamoteo histórico. Y unas y otras en sus intervenciones de excepción carecen del tono y de la resonancia popular que serían menester para que el pueblo español no fuera víctima de la persistente y rencorosa propaganda de sus enemigos (1).

(1) Escrito este artículo, ha aparecido en la Biblioteca de Autores Cristianos la “Historia de la Persecución Religiosa en España” de don Antonio Montero, obra oportunísima para remediar lo que lamentamos.

Las consecuencias de todo esto a la vista están: nuestros mártires — así expresamente llamados por las más altas autoridades de la Iglesia — olvidados y postergados; el esfuerzo enorme de nuestro pueblo cristiano en defensa de la Cristiandad, ignorado y desconocido; la juventud española de hoy, casi tan ajena a la epopeya martirial y patriótica como a las contiendas, también religiosas en el fondo, del pasado siglo XIX.

Y sin embargo, hay un hecho innegable y fehaciente tanto para los españoles como para los extranjeros, para cuantos tienen una opinión formada sobre todo aquello como para los que no la tienen y es que la *Iglesia docente* ha hablado sobre lo sucedido en España de 1936 a 1939. Ha hablado por boca de los dos Pontífices coetáneos de los hechos, ha hablado por los Obispos españoles individual y colectivamente, ha hablado también en un imponente plebiscito (la palabra es etimológicamente inexacta) por Obispos repartidos por el mundo entero.

Cuantos católicos de casa o de fuera quieran formar un juicio cabal de la Cruzada española deben conocer y tener en cuenta las intervenciones del Magisterio sobre el asunto. Pero esa intervención, por lo menos en su conjunto, no está al alcance de todos. No se han reunido, que sepamos, todas las exhortaciones e intervenciones pastorales de los Prelados que pudieron hablar. “Que pudieron” decimos, pues media España era entonces “Iglesia del silencio” aún antes de que el venerado Pío XII le diera nombre expresivo. Ahí quedan en los Boletines eclesiásticos o coleccionados en parte en folletos de corta difusión.

Es pues muy útil, por no decir necesario, recordar

aquellas venerables enseñanzas, volver a oír aquellas saludables voces. Si casi todos los Jerarcas que citaremos han pasado ya a mejor vida, su autoridad no es menor. Puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, habían de hablar y hablaron. Teniendo presente que los del bando contrario eran casi siempre bauti-

zados y católicos de derecho, explicaremos que el tono de las voces pastorales aparezcan algunas veces veladas por la prudencia, la emoción o la caridad. Pero las percibiremos siempre claras y categóricas. Para no alargarnos en demasía seremos breves en las citas y sobrios en el comentario.

Habla Pío XI

No había pasado sino unas tres semanas desde el estallido de la conflagración. Las noticias llegadas a Roma se iban aclarando después de las primeras confusas y caóticas informaciones. Tras ellas empezaron a llegar refugiados y fugitivos, escapados por su mayor parte de Cataluña. Pío XI, el inolvidable Papa lombardo, el de las Misiones y del Pacto de Letrán, quiso recibir en audiencia a aquellas primeras víctimas de la tragedia a las que había ya socorrido y socorrería más pródigamente después. Quiso hablarles y les habló, pero no en un tono meramente conmisericordioso. Habló pública y solemnemente expresando por vez primera de esta manera su alto juicio sobre la guerra española. Hay tanta clarividencia en sus palabras y tanta seguridad en sus juicios que quedamos sorprendidos, máxime si recordamos cuán confusas estaban entonces las actitudes internacionales para con España y cuán incierta era la suerte de las armas. Oigamos al Padre Santo en su alocución a quinientos españoles, sacerdotes y seglares. Tras una paternal introducción, vislumbra el martirio de tantos católicos y dice:

“Estáis aquí, queridísimos hijos, para decirnos la grande tribulación de la que venís; tribulación de la que lleváis las señales y huellas visibles en vuestras personas y en vuestras cosas; señales y huellas de la gran batalla de sufrimiento que habéis sostenido, hechos vosotros mismos espectáculo a Nuestros ojos y a los del mundo entero; desposeídos y despojados de todo, cazados y buscados para daros la muerte de las ciudades y en los pueblos, en las habitaciones privadas y en las soledades de los montes, así como veía el Apóstol a los primeros mártires, admirándoles y gozándose de verles hasta lanzar al mundo aquella intrépida y magnífica palabra que le proclama indigno de tenerles: quibus non erat mundus dignus.

“Venís a decirnos vuestro gozo por haber sido dignos, como los primeros Apóstoles, de sufrir pro nomine Iesu; vuestra felicidad ya exaltada por el primer Papa, cubiertos de oprobio y por ser cristianos; ¿qué diría el mismo, qué podemos decir Nos en vuestra alabanza, venerables Obispos y Sacerdotes, perseguidos e injuriados precisamente «ut Ministri Christi et dispensatores mysteriorum Dei?»”

Bien claras están las expresiones pontificias. En su alto concepto, se trata de verdaderos mártires aun cuando se refiere también a los supervivientes. ¿Con cuánta mayor razón y más estricto sentido se ha de entender de los que de hecho dieron la vida? Pero de una manera más explícita si cabe se expresa el Sumo Pontífice en el párrafo que sigue:

“Todo esto en un esplendor de virtudes cristianas y sacerdotales de heroísmos y de martirios; verda-

deros martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra, hasta el sacrificio de las vidas más inocentes, de venerables ancianos, de juvenudes primaverales, hasta la intrépida generosidad que pide un lugar en el carro y con las víctimas que espera el verdugo.

“En esta luz sobrenatural Nos os vemos y os decimos la sagrada y respetuosa admiración de todos aquellos que, aun no teniendo nuestra Fe, queridísimos hijos, en la que está la secreta divina virtud que desde hace veinte siglos enciende y alimenta aquella luz, conservan sentimientos de dignidad humana y de grandeza. Admiración de todos, queridísimos hijos, pero particularmente Nuestra, de Nos, que por la gracia de la paternidad universal, del Padre supremo de todos participada, podemos y debemos aplicarnos la hermosa palabra divina: «filius sapiens laetificat patrem»; que abrazando con la mirada y con el corazón a todos vosotros y a todos vuestros compañeros de tribulación y de martirio: «gozo mío y corona mía; no solamente mía, sino también del mismo Dios, que, según el Profeta, es una corona de gloria y una diadema de reino: «et eris corona gloriae in manu Domini et diadema regni in manu Dei tui».”

El Papa mira claramente los dos campos. De un lado ve a las víctimas, del otro los verdugos. Junto a la blasfemia, la reparación y la expiación:

“¡Qué magnífica reparación es esta que vosotros, queridísimos hijos, habéis ofrecido y estáis ofreciendo todavía a la divina Majestad, en tantas partes, y aun la misma España, de tantos desconocida, negada, blasfemada, rechazada y ofendida de mil maneras horribles! ¡Cuán oportuna, providencial y agradecida de Dios es vuestra reparación de fidelidad, de honor y de gloria, en estos días, a los que estaba reservado oír el horrendo grito: sin Dios, contra Dios...!”

“Por todos estos resplandores y reflejos de heroísmo y de gloria que vosotros, queridísimos hijos, Nos presentáis y recordáis, por fatal necesidad, Nos hacen ver más claramente como en una grande, apocalíptica visión, las devastaciones, los estragos, las profanaciones, las ruinas de las que vosotros, queridísimos hijos, habéis sido testigos y víctimas.

“Cuanto hay de más humanamente humano y de más divinamente divino; personas sagradas, cosas e instituciones sagradas, tesoros inestimables e insustituibles de fe y de piedad cristiana al mismo tiempo que de civilización y de arte; objetos preciosísimos, reliquias santísimas; dignidad, santidad, actividad benéfica de vidas enteramente consagradas a la piedad, a la ciencia y a la caridad; altísimos Jerarcas

sagrados, Obispos y Sacerdotes, vírgenes consagradas a Dios, seglares de toda clase y condición, venerables ancianos, jóvenes en la flor de la vida, y el mismo sagrado solemne silencio de los sepulcros, todo ha sido asaltado, arruinado, destruído con los modos más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino, jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles, que pueden creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta la misma naturaleza humana, aún la más miserable y caída en la más bajo."

¡Pavoroso pero verídico cuadro el que el Vicario de Cristo acaba de pintarnos de la que llamábamos "zona roja"! Ahora se asombra y nos asombra ante la visión de una realidad desgarradora e inexcusable: la guerra civil:

"Y sobre este tumulto y este choque de desenfrenadas violencias, a través de los incendios y matanzas, una voz lleva al mundo una nueva verdaderamente horrenda: «los hermanos han matado a los hermanos»... La guerra civil, la guerra entre los hijos del mismo país, del mismo pueblo, de la misma madre patria. ¡Dios mío! Si la guerra es siempre — siempre, aún en las hipótesis menos tristes — cosa tan tremenda e inhumana: el hombre que busca al hombre para matarlo, para matar al mayor número posible, para dañar al mismo hombre y a sus cosas con los medios más poderosos y mortíferos... ¿qué decir cuando la guerra es entre hermanos?"

Tras explicar algo más este concepto, el Papa extiende la mirada y ve al Comunismo y Cristianismo enfrentados para aleccionamiento futuro de Europa y del mundo:

"Y hay una fraternidad que es infinitamente más sagrada y más preciosa que la fraternidad humana y de patria: es la que nos une en la hermandad de Cristo Redentor y como hijos de la Iglesia Católica, que es el Cuerpo Místico del mismo Cristo, el tesoro plenario de todos los beneficios de la Redención. Y precisamente esta sublime fraternidad, que es la que ha hecho a la España cristiana, es la que más ha sufrido y todavía sufriendo en las presentes desdichas. Diríase que una preparación satánica ha vuelto a encender, y más viva, en la vecina España, aquella llama de odio y de más feroz persecución abiertamente confesada como reservada a la Iglesia y a la Religión Católica, como al único y verdadero obstáculo a la irrupción de aquellas fuerzas que ya han dado muestra y medida de sí en el conato de subversión de todos los órdenes, de la Rusia a la China, de Méjico a Suramérica; pruebas y preparaciones, precedidas, acompañadas incesantemente de una universal, constante habilísima propaganda para la conquista del mundo entero a aquellas absurdas y desastrosas ideologías, que, después de haber seducido y agitado las masas, terminan por armarlas y lanzarlas contra toda divina y humana institución, lo que por fatal necesidad, no dejará de suceder, y en las peores condiciones y proporciones, si por falsos cálculos e intereses, ruinosas rivalidades, por egoísta rebusca de ventajas particulares, todos aque-

llos que deben, no acuden a remedios, quizá ya demasiado tardíos.

"Mas los hechos que vuestra presencia, queridísimos hijos, recuerda y atestigua, no son solamente sucesión impresionante de destrucciones y ruinas; son también una escuela desde la que se proclaman gravísimas enseñanzas a Europa y al mundo entero. Al mundo, ahora todo azotado, enmarañado, trastornado por la prapaganda subversiva, y particularmente a Europa, ya tan profundamente perturbada y tan fuertemente sacudida, los tristes hechos de España dicen y predicen una vez más hasta qué extremo están amenazadas las bases mismas de todo orden, de toda civilización y de toda cultura."

El choque entre el Comunismo y la cultura cristiana ha sido violentísimo en España. La conciliación es imposible. España como nación católica habrá de hacer un esfuerzo sobrehumano para vencer. No hay otra salida. Por esto añade el Pontífice:

"Por el contrario, no es superfluo; más bien es oportuno y, sobre todo, necesario, y para Nos obligado, el poner en guardia a todos contra la insidia con la cual los heraldos de las fuerzas subversivas buscan el modo de dar lugar a cualquier posibilidad de acercamiento y colaboración de la parte católica, distinguiendo entre la ideología y la práctica, entre las ideas y la acción, entre el orden económico y el orden moral: insidia sumamente peligrosa, buscada y destinada únicamente para engañar y desarmar a Europa y al mundo, favoreciendo así los inmutados programas de odio, de subversión y de destrucción que les amenazan."

Otra conclusión que debe sacarse de los sucesos españoles es la práctica coherente de la vida cristiana. Sólo la Religión puede sacar a los pueblos del caos, pero con la condición de que no se le pongan trabas ni sea contrastada su influencia. La diversión incesante y vertiginosa que en nuestros tiempos entretiene y trastorna la juventud y la general inundación de la inmoralidad impide y paraliza la influencia de la Iglesia. Tras unos párrafos que son un verdadero programa de reconstrucción nacional, el Papa quiere bendecir a sus hijos con una

"Bendición que vosotros tan largamente merecéis. Y como vosotros queréis, así también Nos queremos y hemos dispuesto que Nuestra voz que bendice se extienda y llegue a todos vuestros hermanos de sufrimiento y de destierro, que desearían estar con vosotros y no pueden. Sabemos cuán grande es su dispersión; quizá ha entrado también esto en los planes de la divina Providencia para más de un provechoso fin. Esta Providencia os ha querido en tantos lugares, para que en tantas y tan lejanas partes, con las señales de las cosas tristísimas que han afligido vuestra y Nuestra querida España y vosotros mismos, llevarais el testimonio personal y viviente de la heroica adhesión a la Fe de vuestros mayores, que a centenares y millares (y vosotros sois del glorioso número) ha agregado confesores y mártires al ya tan glorioso martirologio de la Iglesia de Espa-

ña; heroica adhesión que (lo sabemos con indecible consolación) ha dado lugar a imponentes y pías reparaciones y a tan vasto y profundo despertar de piedad y de vida cristiana, especialmente en el buen pueblo español, que nos hace ver el anuncio y el principio de cosas mejores, y de más serenos días para toda España.

"A todo este bueno y fidelísimo pueblo, a toda esta querida y nobilísima España que ha sufrido tanto, se dirige y quiere llegar nuestra bendición, como va e irá, hasta el completo y seguro retorno de serena paz, Nuestra cuotidiana oración."

Pero la visión que Pío XI tiene en aquellos históricos instantes de la España partida en dos, no es una visión abstracta y desencarnada, sino muy concreta y real. Sabe que hay un ejército, que secundado por voluntarios hijos del pueblo en número más o menos prometedora y con medios materiales que no quitan todo el riesgo a la aventura, ha asumido el mando para defender y restaurar el orden cristiano. Para todos ellos el Papa tiene no ya unas palabras de aprobación o de aliento, sino una Bendición especial. Oigamos y grabemos en la memoria y en el corazón sus memorables palabras:

"Sobre toda consideración política y mundana, Nuestra Bendición se dirige de una manera especial a cuantos se han impuesto al difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión, que es como decir los derechos y la dignidad de la conciencia, la condición primera y la base segura de todo humano y civil bienestar."

Después que el Papa ha tomado, digámoslo así, posiciones tan definidas; después de haber ilustrado nuestras inteligencias con los destellos de la suya, dilata y ensancha los espacios de su caridad y antes de despedirse tiene unas palabras admirables dirigidas, sí, a los presentes, pero referidas a los "ausentes". Después de redondear los conceptos citados, añade para terminar:

"¿Y los otros? ¿Qué decir de todos aquellos otros que también son y permanecen siendo hijos Nuestros, no obstante que en las personas y en las cosas que Nos son más queridas y más sagradas, con actos y métodos extremadamente odiosos y cruelmente persecutorios, y aún en Nuestra persona, cuanto la distancia lo consentía, con expresiones y actitudes sumamente ofensivas Nos han tratado, no como hijos a un Padre, sino como enemigos a un enemigo particularmente odiado? Tenemos queridísimos hijos, divinos preceptos y divinos ejemplos que pueden parecer de demasiado difícil obediencia e imitación a la pobre y sola naturaleza humana y son, por el contrario, tan hermosos y atrayentes al alma cristiana — a vuestras almas, queridísimos hijos —, con la gracia divina, que no hemos podido nunca, ni podemos dudar un instante acerca de aquello que nos queda por hacer: amarles, amarles con un amor particular de compasión y de misericordia, amarles y, no pudiendo hacer otra cosa, orar por ellos; orar para que vuelva a sus inteligencias la serena visión de la verdad y abran de nuevo sus corazones al deseo y fraterna visión del verdadero bien común;

orar para que vuelvan al Padre, que con grandes deseos les espera, se hará una fiesta de grande alegría a su retorno; orar para que estén con Nos, cuando dentro de poco — tenemos plena confianza en Dios bendito — el arco iris de la paz brillará en el hermoso cielo de España, trayendo el alegre anuncio a todo vuestro grande y magnífico País; de la paz, decimos, serena, segura, consoladora de todos los dolores, reparadora de todos los daños, que satisfaga todas las justas y sabias aspiraciones compatibles con el bien común, anunciadora de un porvenir de tranquilidad en el orden, de honor en la prosperidad. Y ahora: "Benedicat vos Omnipotens Deus, Pater, et Filius et Spiritus Sanctus."

Tal es en sus principales pasajes, la primera intervención de la Iglesia Católica, por medio de su Cabeza visible, acerca de la Cruzada española. Otras habrá que no harán más que confirmarla y explicarla. Quien tenga oídos para oír que oiga. ¿Cómo no bastó una intervención tan autorizada y explícita para ilustrar a quienes decían buscar la verdad? ¿Cómo no basta todavía hoy para orientar, por lo menos, a quienes quieren descifrar unos hechos que sin esta clave son enigmas impenetrables? No hallaríamos respuesta a estas preguntas si los modernos psicólogos no nos dijeran cosas tan sorprendentes acerca del peso que en la balanza humana tienen las "cargas afectivas", o si mucho antes no nos hubiera hecho caer en la cuenta un pensador francés — que no se vio ciertamente inmune de tales "cargas" —, de que el corazón tiene razones que la razón no conoce.

Entre los motivos que Su Santidad tenía para hablar en tan graves términos uno era según su expresión el de ver no lejano el momento de tener que dar su cuenta suprema a Dios. Su presentimiento se confirmó, pero la Providencia le deparó todavía, en la Navidad siguiente y en el acostumbrado mensaje, la ocasión de deparar su augusta enseñanza acerca de los sucesos de España y no la desaprovechó; era como su testamento espiritual:

"La nota dolorosa que este año enturbia las alegrías de Navidad es tanto más profunda y aflictiva, cuanto que todavía arde con todas sus hogueras de odio, terror y destrucción la guerra civil en un país como España, donde con aquella propaganda y aquellos esfuerzos arriba aludidos (los comunistas) han querido hacer una experiencia suprema de las fuerzas deletéreas a sus órdenes, que se hallan esparcidas por todas las naciones.

"Nuevo aviso, grave y amenazador cual ninguno, para el mundo entero, y principalmente para Europa y para su civilización cristiana; revelación y anuncio de aterradoras consecuencias y evidencia de lo que se prepara para Europa y para el mundo si no se acude inmediata y eficazmente a la defensa y a los remedios."

El drama de nuestra guerra ensombreció los últimos días de su vida y de su excelso pontificado. Su augusto sucesor en el cargo y en el nombre recogería con gozo lo que su Predecesor había sembrado con lágrimas. Porque la bendición y las oraciones de Pío XI hubieron de contribuir a impetrar y alcanzar la victoria.

FRANCISCO SEGURA, S. I.

¡ALERTA A LOS DEMOCRATA - CRISTIANOS!

No se trata de revelar ningún secreto, ni de dar al público noticias sólo conocidas de reducidos círculos de iniciados en los manejos de la alta política. Las que se darán se han recogido en las columnas de periódicos extranjeros de mucha fama y los hechos son tan notorios y de clara significación que no puede ignorarlos nadie que ponga alguna atención a lo que en el mundo ocurre. Cada una de esas cosas en sí, aún aisladamente, es grave; consideradas conjuntamente, incluso a los menos perspicaces se manifiesta el íntimo enlace que las relaciona como elementos de una gravísima conjura a la que se trata de arrastrar a ciertas tendencias, desde hace tiempo latentes en el campo de la política católica, por desgracia, que hoy llevan el nombre de *democracia cristiana*, bandera que León XIII no quería ver enarbolada en el campo de la política y por eso escribió su notabilísima y demasiado olvidada encíclica *GRAVES DE COMUNNI*.

Cuando los belgas, con los regocijos de la boda real se habían consolado un tanto de las angustias y calamidades del Congo, con el pretexto de oponerse a la ley única con que el gobierno se proponía hacer frente y remediar, en lo posible los daños de la pérdida de la rica posesión africana — ley que constitucionalmente estaba sometida a la discusión y aprobación parlamentaria —, los socialistas plantearon la huelga general, con el fin de coaccionar la libre decisión del gobierno y las cámaras legislativas, en las que los propios socialistas tenían numerosa y lucida representación. Como una gran parte de los obreros sindicados se negaron a secundar dicha huelga y el gobierno democrático de la nación no podía consentir cosa tan antidemocrática y anticonstitucional, dieron a la huelga el carácter revolucionario, resueltos a imponer por la violencia lo que era rechazado por las vías democráticas y legales. Contaba, el gobierno, con la ley, con los votos de las cámaras, con el apoyo resuelto del ejército y la policía, con la mayoría de los obreros y el casi total apoyo de la nación. En un momento particularmente grave, cumplía su sagrado deber de defender el bien común de la patria, seriamente amenazado. En el ámbito internacional, los graves hechos ocurridos en el Congo, cuando la independencia lo había emancipado de Bélgica, se traducían en acuerdos lesivos para ella, que hacían más necesario reafirmar la unidad nacional, para hacerlos frente, que le revolucionaria huelga trataba de romper, ofreciendo al mundo en aquel trance el espectáculo de un pueblo alzado contra el rey, el Gobierno, las cámaras legislativas y la misma ley constitucional que lo rige.

El rey, interrumpiendo su placentero interregno de la luna de miel, regresó a la patria y, cuando el gobierno había reprimido la huelga, entabló consultas a las que fue llamado el partido socialista, causa de la catastrófica revuelta. Spaak, capitosté socialista, alejado, por lo menos aparentemente, de la política belga, en el retiro de su bien remunerado cargo de la OTAN, renunció a éste para volver de lleno a la política belga, tomando las riendas del partido. Porque aquellas consultas abrieron al partido socialista la magnífica y esperada oportunidad ambicionada. Alejado del poder, desde hacía años, por

la triunfante coalición social cristiana-liberal, se le ofrecía el camino de volver a él; pues de las consultas resultaron la disolución de las cámaras y las consiguientes elecciones, que los partidos gobernantes debían afrontar con el pesado lastre de lo ocurrido en el Congo, de la carga económica que la ley única suponía y el no haber acertado a prevenir el grave daño de la huelga, razón de que a las urnas fueran los belgas con manifiesto disgusto. Decidido el resultado de éstas, el rey ha dado su aprobación a un gobierno de coalición entre los demócratas-cristianos y socialistas, que, tras de la interinidad de la crisis, sucede a la de dichos demócratas, con los liberales. No exigían tal cambio los resultados electorales; seguía inalterable la proporción de fuerzas, entre dichos partidos, que tenían en las cámaras disueltas. La oportunidad de que el rey y los católicos demócratas dieran a los socialistas de entrar en el gobierno, los belgas, por de pronto, la han pagado con los dos mil millones de francos en que se evaluaron los daños producidos por la huelga, aparte de los gravísimos perjuicios morales que no se pagan en dinero, por lo menos directamente.

¿Qué iban buscando los socialistas con tanto empeño? Sea lo que fuere, es lo cierto que se les ha puesto en camino de conseguirlo por condescendencia del rey y de los católicos agrupados en el democrático partido cristiano-social. Porque con la autoridad política que supone el haber deducido un triunfo importante del fracaso de la huelga, como tal, en el gobierno están en posesión de muy importantes carteras — entre ellas las que pone en manos socialistas la dirección de la enseñanza; o sea la formación de la juventud — y Spaak, su capitosté, en la vicepresidencia del gobierno, con el ministerio de Asuntos Exteriores, por añadidura, detalle en que, como se verá, necesario es reparar.

* * *

Lo curioso del caso está en que los socialistas han ganado la partida jugando a cartas vistas. Ni el rey ni los católicos social-cristianos, podrán alegar, el día de mañana, que han sido engañados; una vez más habrán de reconocer que, para salir fácilmente del mal paso de una situación más o menos apurada, ellos han sido quienes han querido engañarse. Véase, si no.

Mientras se iba gestando la crisis en que el socialismo de los walones iba ganando posiciones a los católicos y flamencos, los días 3 y 4 de febrero, en Luxemburgo tenía lugar un congreso del "Movimiento socialista para los Estados Unidos de Europa", creado en 1947 a la sombra de la "Internacional socialista". Gironella, secretario de aquél, el 5 anunciaba en el "Corriere de la Sera": 1.º Que el "Movimiento" cambiaba su nombre por el de "Izquierda europea", y 2.º Que Spaak sería su presidente. ¿Se va entendiendo? Más claro se entenderá si se para la atención en lo que añade testimonio para el caso tan autorizado: "Su vuelta a la vida política no está limitada a Bélgica, sino que se extenderá al plano de la acción europea. Se trata de crear un verdadero organismo supranacional". Se trata de Spaak, retirado en el sustancioso cargo de la OTAN, mientras la coalición gobernante

de los socialcristianos y liberales tenía alejados del poder a los socialistas.

Aunque el cargo de la OTAN no dejaba de darle notoriedad e influencia políticas, en relación con el acuerdo antes citado, que él como presidente de la "Izquierda europea" debía ejecutar, es punto de apoyo más eficaz la posesión de una cartera de Asuntos Exteriores, mucho más, sumada a la vicepresidencia de un gobierno, cuyo presidente es un demócrata-cristiano, circunstancia que importa mucho no olvidar: porque, refiriéndose al cambio de nombre acordado, sigue diciendo el mismo testigo de mayor excepción:

"La supresión de la palabra «socialista» refleja el deseo de extender el movimiento que así podría recoger a la vez a los socialistas de Nenni, al partido socialista francés unificado, a los clásicos partidos socialistas y a los elementos de la izquierda demócrata-cristiana."

Ya está clara la idea de esa "Izquierda europea" que Spaak tiene el encargo de formar con los demócrata-cristianos que, ya en Bélgica, con el rey, le han dado el punto de apoyo necesario para emprender con fortuna sus manejos.

* * *

Pero eso aún no es todo. Queda algo de suma gravedad que importa muy directamente a España y Portugal; más concretamente a los demócrata-cristianos de ambos países hermanos a quienes pretende cazar con sus redes esa "Izquierda europea", presidida por Spaak y dirigida por las fuerzas ocultas a quien él obedece. La información concreta la ofrece "Le Monde" de 4 de febrero, que en este caso es también testimonio de mucha autoridad:

"El Congreso ha estudiado, además, dice, la evolución de los países subdesarrollados, las consecuencias de los últimos movimientos en Bélgica y el papel que la Europa democrática debe jugar en la liquidación de los regímenes fascistas español y portugués."

Se está viendo cómo los problemas de Argelia y el Congo, en Francia y en Bélgica, respectivamente, tienen un gran poder desintegrador de las fuerzas nacionales; hasta qué punto sitúan en mala posición a dichas naciones en el juego de la política internacional, agobiada por la amenaza que supone el peligro de que los árabes unidos entren en el juego de la URSS y salte la chispa que inflame el polvorín de la guerra atómica. Ello explica los episodios de Angola y de nuestro Sáhara, tan ligados a la criminal aventura del "Santa María". Se quiere suscitar en España y Portugal lo que con tan explosivos resultados ocurre en Argelia y el Congo con irreparables daños de Francia y Bélgica, de argelinos y congolese. Con ello se pretende conseguir que la aplastante victoria militar de la Cruzada se convierta en el brillante triunfo político de los vencidos, impidiendo que, se asiente sólidamente en España el régimen político que, fundado en la unidad católica con todas sus consecuencias, exige la conciencia nacional manifiesta en el alzamiento nacional de la Cruzada.

Para esto se quiere y se busca con el afán de lo necesario para el fin a que se quiere llegar, la colaboración de los católicos. En Italia a pesar de haber subido al poder Fanfani con la consigna de marchar hacia la izquierda, tropieza con el obstáculo de la Acción Católica y las enseñanzas de la jerarquía de la Igle-

sia; en Francia es claro el apoyo de los católicos progresistas de izquierda a los manejos de Spaak y en Bélgica son los demócrata-cristianos quienes, con el consentimiento del rey, llevándole de la mano al gobierno, le dan el necesario punto de apoyo para desarrollar el plan discurrido por el marxismo de la "Internacional socialista" que la "Izquierda europea" tiene el encargo de desarrollar.

Pero en España, sobre todo, las firmes convicciones y los fervorosos sentimientos católicos, razón de ser del fino sentido político del pueblo español, a lo largo de todo el siglo XIX, le dan al catolicismo un arraigo social, fuente del empuje con que tan vigorosamente se manifiesta en la Guerra de la Independencia, las de los apóstólicos y carlistas, la Cruzada de liberación, recientemente. A Spaak y a quienes ocultamente lo dirigen no les ha caído en saco roto la lección del 18 de julio; y en el proceso que tan llanamente los llevó hasta el poder, el 14 de abril, y en el más cruel para la Iglesia y la patria, iniciado en dicho día, no olvidan cuanto favorecieron sus planes los católicos que se lanzaron, con la mejor de las intenciones, eso sí, tras de la bandera de la hoy llamada democracia cristiana. En "L'Illustrazione Vaticana", revista quincenal publicada en el Vaticano; año III, núm. 9, a este efecto se lee:

"Gran fortuna fue para el nuevo régimen aquel artículo de «El Debate», del 15 de abril, en el cual se aceptaba la naciente República y se le ofrecía plena y leal colaboración.

"Pareció por un momento que gran parte de la España católica se adhería. Muchos vieron en este inopinado inmediato *reliement* el camino mejor para desarmar de antemano al anticlericalismo; muchos otros, por el contrario, recordando la tradición de sectarismo y de odio antirreligioso en que siempre se había inspirado los republicanos españoles, no se dejaron engañar. Cierta, asimismo, que nada sirvió mejor para consolidar en sus principios la República como la posición adoptada por el diario católico madrileño. Fue una consigna aceptada por muchos, es verdad, con excesiva esperanza, justificada en cierto modo por la presencia en el Gobierno provisional de dos hombres que hacían profesión de católicos: Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura. Mas bien pronto vino la desilusión, ¡y cuán grave y dolorosa!"

El hecho de haber ligado, la democracia cristiana su suerte a la segunda República, tan funesta para la Iglesia y la patria, la ha tenido alejada de la política activa, por más que a la sombra y por caminos indirectos no haya dejado de maniobrar y renovar sus tentativas; de influir, incluso, en ciertos aspectos. Se está, ahora, gestando otra intervención que inevitablemente habría de llevarla a ser arrastrada por la pendiente a que quieren llevarla Spaak y quienes le dirigen; sirviéndose de ella para destruir, si tanto pudieran, o por lo menos debilitar el incontrastable empuje con que el pueblo católico reaccionó políticamente hasta llegar al heroico esfuerzo de la Cruzada de liberación nacional. Por eso se hace necesario poner a la vista lo que revelan lecciones patentes de la experiencia y hechos indiscutibles provocados con arreglo a diabólicos planes, acreditados, éstos, con la autoridad de testimonios irrecusables. Obligación que nos fuerza por la condición de católicos y españoles obedientes a las enseñanzas del Papa. Porque fue Pío XI el Pon-

tífice quien, al recibir en los primeros días de agosto de 1936, a los primeros grupos de españoles, fugitivos del terror rojo, en gran parte catalanes, con sabia previsión les decía, en el momento en que su sabia y previsora lección alcanzaba la tremenda enseñanza de los hechos:

“Por el contrario, no es supérfluo; más bien es oportuno y, sobre todo, necesario, y para Nos obligado, el poner en guardia a todos contra *la insidia con la cual los heraldos de las fuerzas subversivas buscan el modo*

de dar lugar a cualquier posibilidad de acercamiento y colaboración de la parte católica, distinguiendo entre la ideología y la práctica, entre las ideas y la acción, entre el orden económico y el moral: insidia sumamente peligrosa buscada y destinada únicamente para engañar y desarmar a Europa y al mundo, favoreciendo así los inmutables programas de odio, de subversión y destrucción que los amenazan.”

LUIS ORTIZ Y ESTRADA

ARTE MARIANO CATACUMBAL

Los pueblos antiguos decoraron sus sepulcros. En el siglo I este lujo funerario llegó a ser exigencia. Los cristianos no escaparon a esta atracción y la Iglesia tampoco exigió a sus hijos semejante sacrificio. Así fue cómo los cristianos decoraron las catacumbas y cómo la pintura cristiana ensayó su balbuceante lenguaje. Por eso, es en Roma donde, salvo raras excepciones, encontramos la pintura de la cristiandad naciente.

El crepúsculo del arte helénico-romano se convirtió en aurora del arte cristiano. Los primeros vagidos del arte cristiano delataban la herencia técnica y decorativa de las casas y colombarios paganos. Decoraciones catacumbales y herculano-pompeyanas tienen cierto parentesco. Pero “el sistema clásico está subordinado a las condiciones defectuosas de la claridad” (A. Pératé). Esto lleva a la simplificación. Las figuras se destacan sobre el color del muro, sin fondo definido. La pintura cuanto más antigua es de estilo más puro, de colorido más fresco..., y la preparación del estuco es más cuidada y fina. Las figuras, que vamos a reseñar, son de formas sencillas, inteligibles, conmovedoras. Brotan espontáneas y nobles como el amor. La misma policromía es modesta, casi monocroma. Cuanto más modernas, las obras pierden pureza, y la composición se hace más compleja y afectada. La obra pierde espontaneidad y gana intelectualidad.

No hay que extrañarse. Los cristianos son hijos de su época. Sufren los vaivenes del ambiente que les rodea. Pero el arte paleocristiano no se explica sólo por el influjo de las imitaciones. La impronta propia del cristianismo se transparenta, sobre todo, en el simbolismo que sahumaba todo el arte de la cristiandad primera.

La originalidad temática del arte catacumbal es reducida y no podía ser de otra manera. Si, en un principio, la temática fue pagana pero impregnada de castidad cristiana, luego el sabor cristiano tiende a superponerse al simbolismo, hasta que en época constantiniana ya no es necesario ocultar las creencias.

En las escenas figuradas de las catacumbas resalta, desde luego, cierta predilección por escenas de la infancia de Jesús. Así tenemos una representación de la Natividad; dos de la Anunciación; varias de la Virgen y el Niño; doce, cuando menos, de la Adoración de los Magos, verdadero símbolo de la vocación de los gentiles... Tengamos presente que sólo hablamos de pintura —al fresco o en seco— y que no pretendemos enumerar todas las representaciones. No somos especialistas en la materia y sólo pretendemos dar una muestra de nuestra devoción mariana.

En todas las escenas enumeradas, exceptuada la del Nacimiento, está representada la Virgen María. Y siempre, notémoslo, excepto en uno de los frescos de la Anunciación, con su Hijo. Siempre María y Jesús. Parece como que María, en el origen del arte cristiano, nos dice: “mis obras son para Jesús”. María tiene su centro de gravedad fuera de sí, en Jesús. Ella siempre nos ofrece a Jesús. ¡Qué bien lo comprendieron los cristianos de las catacumbas!

La representación mariana más antigua, que conocemos, es del siglo II. ¿De mediados; de fin de siglo? Se duda. Está en las catacumbas de Priscilla.

Es un tipo iconográfico definido, acertadísimo y que permanecerá casi invariable en el correr de los tiempos. La Virgen lleva al Niño sobre el pecho. Es una obra digna del arte clásico, comparable a las pinturas de Pompeya. H. Leclercq afirma de ella: “el arte cristiano justifica su existencia con una concepción nueva, que parece ser impercedera”. El profeta Micheas o Balaam, no Isaías como se ha defendido, revestido con el pallium de filósofo —“anacronismo completo”— predice la maternidad divina de María. Leclercq usa el tema como argumento apologetico. Yo me limito a sugerir el hecho, venero de sugerencias. Advirtamos que también en el renacimiento se pintó a Cristo en un ambiente propio de la época.

Algo posterior, pero aún dentro del siglo II, sobre un plafón del mismo cementerio, se conserva una anunciación. Hoy casi es irreconocible. Sin embargo, poseemos varias reproducciones; por ejemplo, un grabado de Bosio..., y, sobre todo, un dibujo muy exacto y en color de M. Liell. La Virgen sentada en un sillón, sobre cuyos brazos se apoya, mira a un joven que, con el brazo extendido, la señala. El joven, delante de ella, sin alas, con túnica larga, es un ángel. El artista, pues, utiliza elementos antiguos para pensamientos nuevos. Lo pagano es bautizado por el simbolismo cristiano.

Interesantes y sugestivas son las escenas de la adoración de los Magos. Son obras de los siglos III y IV. La Epifanía más antigua pertenece también al cementerio de Priscilla, y se halla semicubierta por una estratificación calcárea. Estas Epifanías nos muestran a María cubierta con un velo —signo distintivo de las matronas romanas y de las vírgenes consagradas— y sentada en un sillón con el Niño en sus rodillas. Los Magos varían en cuanto al número. Unas veces, son cuatro, dos a cada lado de la Virgen. Otras veces, son dos, como en la representación del cementerio de S. Pedro y S. Marcelino; otras, tres como en un arcosolio del cementerio

de Calisto. Los Magos, vestidos a lo frigio, corren hacia la Virgen que les presenta a Jesús. Todo habla al espíritu. El eco de la predicación apostólica palpita en los frescos de las catacumbas. Todo es paz, amor, espera de cielo.

El P. Marchi ha hecho célebre una pintura del siglo iv. Se halla en un arcosolio del cementerio de Sta. Inés. A cada lado de la figura central, el anagrama de Cristo. Algunos niegan que sea una representación de María. Sin embargo, podemos dar la razón al P. Marchi, Rossi Wilpert... Nos hallamos ante una figura de María con su Hijo sobre el pecho. Todo el ambiente..., los dos orantes, que vueltos hacia la Virgen la miran, recuerdan los lienzos medievales. Es un tipo iconográfico que, sin solución de continuidad, ha llegado hasta nuestros días y se conserva en las imágenes de tipo bizantino — iconos más o menos puros — muy comunes en Rusia y en Oriente.

Para terminar este rápido bosquejo de la pintura mariana paleocristiana, dos palabras sobre las llamadas orantes. Representan figuras femeninas de jóvenes, aunque las hay también masculina con los brazos elevados en señal de oración; de ahí, el nombre. Mucho se ha discutido sobre su significado y simbolismo... Hoy día, la crítica parece inclinarse a ver en ellas el alma del difunto en oración. Sin embargo, la vacilación persiste. ¿Son hombres o mujeres determinados? ¿Son un símbolo de la oración, de la Iglesia...? Desde luego — ya lo hemos indicado — los tipos masculinos no faltan. Con todo, hay quienes afirman que, en época constantiniana,

las orantes pudieron ser una representación de la Virgen María. ¿Razones? Si sobre los sepulcros se representan a los santos, como abogados de las almas, ¿por qué no creer que también representan a la Abogada por excelencia? Recordemos que S. Ireneo la llama, en el siglo II, "Advocata" (Adv. haereses, V, 17, P. G. t. VII, col. 117), como nosotros en la Salve. Más aún, en un mármol de Francia, de esta época, se representa a la Virgen en figura de orante. No hay lugar a duda. La inscripción es de una evidencia palmaria: "María Virgo Minister de templo Iocerosale". No queremos hacer más cábalas... El tipo iconográfico no nos permite más. La orante es algo original del cristianismo, no entrevisto en el mundo pagano. Está casi siempre en la misma actitud, con el mismo vestido, con la misma impersonalidad y simplificación fisionómica.

Lo dicho demuestra como la cristiandad ha palpitado con el amor a María. El arte paleo-cristiano, en las penumbras rojizas de las catacumbas, nos legó figuras marianas llenas de gracia inimitable, de calidades artísticas y de simbolismo indiscutible. La Virgen María es un personaje honrado y venerado; por eso, se le representa, generalmente, velado y sentado en un trono.

María es nuestra madre y hace crecer en nuestras almas la gracia de Dios y Ella hace que nuestro arte se revista de un tinte más humano y divino. Ella sonríe en los capiteles románicos en los lienzos de Fr. Angélico..., y también había sonreído en los frescos de las catacumbas, cuando sus hijos sonreían ante los tormentos del verdugo.

E. VELASCO, S. J.

EL GENIO Y SUS SECRETOS

¿Hay siempre una evasión, una alusión de la realidad — demasiado monótona o sobradamente triste y angosta —, hay siempre un escapismo de la vida y sus problemas, en la creación poética? ¿No creemos más bien que a menudo el poeta se afirma en su contorno vital, y, como en la lírica goethiana, su verbo es una afirmación lírica y extasiada del mismo?

¿No son acaso el mismo cielo, las mismas ventanas encaladas, con flores, y los mismos limoneros del paisaje de tierra y aire, los que florecen luminosamente asomando las tiernas extremidades de sus ramas en la obra creada por el empeño lírico?

Se ha querido interpretar el problema íntimo de Verdaguer como la realización poética de ensueños que en la vida se convirtieron en fracaso. El franciscanismo ideal, la caridad absoluta, la negación de lo terreno hasta la desmesura, la renuncia límpida e inasible, entercada en su mismo círculo, girando obsesiva sobre su rueda, que hubieron de producir la desgraciada anécdota de Jacinto Verdaguer, no habrían encontrado un remanso amplio, una expresión cabal y absoluta, hasta encajarse en los términos luminosos de su obra poética llena de zumos vitales y perfumada de claridad.

Un volumen en catalán publicado por la colección *Criterion* (1), y elaborado por distintos comentaristas

(Arús, Saltor, Magriñá, Maduell, Balasch, Torrent, Escasans, Pereña, Calzada, Padre Basilio de Rubí), un trabajo que he leído ya varias veces con detención, cotejándolo cuidadosamente con otros aspectos de la abundante bibliografía verdagueriana, aborda las cuestiones más esenciales, más de fundamento y de raíz, de la obra y la vida del poeta.

No dudo que en la obra de creación literaria, pueda haber mucho de anhelos insatisfechos, de programas vitales que se nos han escapado a veces de las manos — de las manos, claro, de las manos de carne y hueso, de las manos que palpan la realidad —. Si el nítido idealismo caritativo — desbordamiento caritativo y franciscano — de Verdaguer, produjo los refinados logros de su estro poético, ocasión es ésta para nosotros — lectores y gustadores del testamento de esperanza —, ocasión de gozo y de regocijo.

El ideal caritativo de Verdaguer — uno de los motivos fundamentales en su vida real así como en su vida lírica — traspasó los muros severos de la realidad. Se cuenta que Verdaguer había discutido con el Obispo Morgades sobre los derechos de la caridad, que estimaba superiores a los mismos de la justicia. Su distanciamiento del marqués de Comillas se consumó, cuando éste, aconsejado por la alta Jerarquía eclesiástica, halló para la misericordia un nuevo camino: un camino más moderno, más adecuado a las exigencias de la historia, a las

(1) *Verdaguer*. 2 - *Criterion*. Ed. Franciscana.

premuras del mundo actual. Don Claudio López abandonó el camino de la limosna, para entregarse a los de la acción social.

Si en los disturbios de Barcelona, con sus consecuencias trágicas, Verdaguer vio el aviso del Cielo por haberse abandonado los caminos de la ayuda indiscriminada e individual, las mismas circunstancias sirvieron al marqués de Comillas para organizar la peregrinación obrera que puso a los pies de Su Santidad, León XIII, a dieciocho mil obreros españoles.

Verdaguer no concebía otros caminos que los que él había soñado desde su época de sacerdocio en Vinyoles, cuando se quitaba el pan de la boca para entregarlo a un necesitado. Verdaguer se había zambullido plenamente en el empeño de convertir la misericordia del marqués en una caridad — en una limosna — a gran escala. El empuje de su ideal desorbitado era de aquellos que pueden, sí, producir excelentes frutos de creación estética, pero que, faltos de la disciplina, la norma y la medida, pueden convertirse en el mundo hecho de tierra, en avenidas tumultuosas, ríos que se abalanzan, revuelven y desbordan.

Profundamente estudiado ha sido el tema de Verdaguer — su producción genial y su voluntad dominada obsesivamente por empresas irrealizables — para volver sobre lo mismo. Pero los autores del trabajo que ahora comento, han sabido espigar nuevos aspectos, nuevas refulgencias, claridades quizá poco atendidas en la personalidad humana y poética del gran poeta catalán. Si en el aspecto literario la personalidad verdagueriana no sirve sino para despertar el entusiasmo y el asombro, su aspecto humano se ha prestado a polémicas, debates y cavilaciones.

El P. Basilio de Rubí, en el trabajo citado, pone el foco nítido de su objetiva observación crítica sobre las explicaciones psicopatológicas del Doctor Abella. Si para unos Verdaguer padeció una enfermedad orgánica, una verdadera afección pulmonar que seguramente explica y justifica muchas de sus reacciones, el doctor Abella, centrando y delimitando más el tema, ve en él un enfermo afectado de trastornos psicósomáticos de carácter absolutamente exterior; alteraciones de la personalidad que desaparecieron tan pronto como cesó la circunstancia externa que los provocaba.

Aportando, quizá con sobrada audacia, mi modesta opinión al criterio de especialistas tan destacados, querría decir ahora que el achacar a nuestro poeta el padecimiento de una dolencia de tipo psíquico no ha de producir, no debiera producir ni de hecho produce, alarma ni escándalo entre los admiradores del poeta.

Un criterio un poco rezagado podía ver en la sola hipótesis de enfermedad mental o nerviosa, una ofensa a la memoria de Verdaguer. Para la ciencia médica moderna la cosa no puede resultar tan escandalosa, tan desorbitada. El que haya leído con alguna atención ese libro titulado "Control cerebral y emocional" que el jesuita Padre Irala, dedica a los achaques de carácter obsesivo, comprenderá mejor los verdaderos límites del problema.

Las enfermedades obsesivas — sin caer en la fácil explicación de unir el genio con los trastornos mentales — son uno de tantos flagelos que azotan a la humanidad. Deben, sí, ser combativos y extirpados, pero, como

observa el Padre Irala, no constituyen un baldón ni un desdoro para la persona que los padece.

Hombres de gran talla humana, beneméritos benefactores de la humanidad, se han visto afectados, martirizados por el mordisco de esas menudas e hirientes tribulaciones. El trastorno sicosomático — visto con ojos actuales, modernos — es un daño que, además de admitir remedio, entra en la escala normal de las tribulaciones que pueden padecer y padecen los hijos de Adán. Además esas dolencias tienen una graduación, una escala. Las ideas parásitas cristalizan en una sensibilidad o una imaginación delicada, y pueden constituir un enigma un poco embarazoso para la sociedad que las rodea.

¿No ocurre que, un poco gratuitamente, sacamos a veces de juicio las cosas? Un tema fuera de su juicio es como una escultura mutilada. Un tema fuera de su eje se nos convierte en un fantasma que nos desconcierta, y, cuando opinamos sobre él, aunque todos tenemos razón, y en el fondo nos sobra, todos achacamos la sinrazón al contrario, cuando en el fondo podríamos andar de acuerdo.

¿Pudo padecer Verdaguer, temporalmente y como efecto de las circunstancias a que su imaginación le condujo, un pasajero trastorno sicosomático? Aquí se me ocurre a mí glosar aquello del Evangelio: ¿Quién puede lanzar la primera piedra? ¿Quién tiene una entereza tan de roble, tan de piedra, de mármol o de granito, que, ante la adversidad, no se vea amenazado en algún momento por semejantes, minúsculas, pero reales, dolencias del alma? ¿No reconocen los expertos que los sufrimientos síquicos alcanzan a menudo proporciones superiores, a las mismas enfermedades orgánicas? ¿No nos decía hace poco un prestigioso especialista que la inmensa mayoría de enfermos cardíacos que se visitan en el Clínico lo son sólo síquicamente, sin ninguna base real?

¿Por qué, pues, hemos tenido que alarmarnos ante una explicación que daría tanta luz sobre la tragedia, demasiado exagerada por los glosadores, de nuestro gran poeta? Yo diría que en el choque que hubo de producirse entre el doctor Morgades y el marqués de Comillas de un lado, y de otro Verdaguer, hay algo de la irreconciliable lucha que batallan constantemente sobre el planeta la imaginación y la lógica. Aquellos eran los paladines de la lógica, de la razón, del buen sentido. Pero tampoco me extraña a mí que al poeta — dotado por la Providencia de una fantasía arrolladora — se viera desbordado por el alud tumultuoso de la sensibilidad y de la imaginación.

Ni el Obispo y el marqués dejarán nunca, a nuestro entender, de estar en lo cierto, ni al poeta se le podrá acusar porque arrastrado por su temperamento, y por las extrañas fuerzas creadoras que bullían en su espíritu, se dejara arrastrar por el empeño de modelar la realidad al gusto de su voluntad creadora.

La tragedia de Verdaguer — espíritu fino, imaginativo y sensible, que bien pudo verse aquejado temporalmente, como se han visto tantos millones de hombres, por corrientes y levísimos trastornos sicosomáticos, no sería otro que el del creador que ve que su mundo fracasa cuando del ámbito ideal de la poesía, se le quiere trasladar al más cotidiano, al más lógico, y, si se quiere, al más vulgar de los acontecimientos de todos los días.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL